

# HISTORIAS MAIPUCINAS

Antología de Cuento, Crónica y Poesía



FIJACIÓN  
PATRIMONIO  
FIJACIÓN

**Historias Maipucinas** (2026) es una publicación de Patrimonio Ficción.

Compilador: Michael Rivera Marín.

ISBN: 978-956-03-0007-2

Este libro es una obra de distribución gratuita y derechos liberados. Se autoriza su reproducción total o parcial, así como su distribución por cualquier medio electrónico, siempre que se reconozca la autoría de los participantes y el sello editorial, y no se realice con fines de lucro.

## ÍNDICE

Maipú escribe: Voces de la cuna de la Patria Michael Rivera Marín .....	5
--	---

### POESÍA

<i>La poesía es mi tablón de anuncios.</i> Diego Cancino .....	11
La “cañita de vino blanco” Héctor Elgueta Gutiérrez .....	13
<i>Azrael y Metatrón.</i> Elías Vargas .....	17
<i>La vorágine.</i> César Antonio Rey Marchant .....	19

### CUENTOS

<i>Calle Las Heras 2379, Maipú.</i> Alicia Medina Flores .....	25
<i>La rosa de la luna.</i> Marco Sánchez Toro .....	29
<i>Piuchén.</i> Miguel V. Welch .....	41

<i>Reencontrándome</i>	
Mario "J" Marchant Cerda .....	57
<i>Visión de futuro</i>	
Sebastián Donoso .....	63
<i>El corvo del tío Javier</i>	
Ramiro Oliveros David .....	73
<i>Deshabitada</i>	
Jessenia Chamorro – Salas .....	87

## CRÓNICAS

<i>De Maipú con dolor</i>	
Juan E. Herrera González .....	105
<i>Av. Del Ferrocarril con av. Tres Poniente</i>	
Francisco Díaz Céspedes .....	109
<i>La leyenda del tren fantasma en Maipú</i>	
Michael Rivera Marín .....	123
<i>Maipú redescubierto</i>	
Patricia Franco Müller .....	127
<i>Pizarreño: Memoria de un dirigente sindical</i>	
Manuel Villarroel Cerda .....	133
<i>Cimientos de fe en tierra de héroes</i>	
Humberto Oyarzún Santibáñez ....	139

## **MAIPÚ ESCRIBE: VOCES DE LA CUNA DE LA PATRIA**

Hay territorios que cargan con el peso de la historia y, aun así, siguen mirando hacia adelante. Maipú es uno de ellos. Aquí, donde el 5 de abril de 1818 se selló la independencia de Chile con el fragor de una batalla que cambió el destino de un pueblo, la memoria no se guarda en vitrinas ni se contempla desde lejos: se vive, se camina, se respira en cada calle, en cada esquina, en cada generación que crece convencida de que este suelo tiene algo especial que decir.

*Historias Maipucinas* nace precisamente de esa convicción.

Esta antología reúne voces diversas que comparten una misma raíz: la pertenencia a una comuna que es, al mismo tiempo, historia viva y barrio cotidiano. No se trata de autores que escriben *sobre* Maipú desde la distancia académica o el exotismo del viajero. Son vecinos, hijos de estas calles, personas que conocen el olor del pan en la mañana, el bullicio de la feria y el silencio de las plazas al anochecer. Escriben desde adentro, desde el amor propio de quien reconoce su tierra como un universo completo y suficiente.

Lo que el lector encontrará en estas páginas es, en suma, tres maneras de habitar la realidad. La poesía, que rasga el velo de lo cotidiano y nos devuelve el asombro; el cuento, que atrapa instantes y los convierte en mundos capaces de latir por sí solos; y la crónica, que rescata lo

que el tiempo amenaza con borrar, devolviendo dignidad a los hechos y a las personas que los protagonizaron. Tres géneros, una sola voluntad: hacer de la palabra un puente entre quienes escriben y quienes leen.

Porque este libro no surgió de encargos ni de compromisos editoriales. Cada uno de los autores y autoras que aquí aparecen dio su trabajo de manera voluntaria y desinteresada. Ofrecieron su tiempo, su talento y sus historias con el único propósito de que llegaran a quienes viven a la vuelta de la esquina, a quienes tal vez nunca han tenido en sus manos un libro de literatura local, a quienes merecen saber que la creatividad y la sensibilidad también florecen en su propia comuna. Ese gesto —generoso, limpio, sin más ambición que la de compartir— es en sí mismo uno de los actos más hermosos que puede protagonizar quien escribe.

Maipú ha sido históricamente una de las comunas más populosas e importantes de Chile, y sin embargo la literatura que nace en sus calles rara vez ha ocupado el espacio que merece. Esta antología es una pequeña corrección a esa injusticia. Es la prueba de que en esta tierra no solo se libró la batalla que nos dio patria, sino que también se libra, día a día, la batalla silenciosa y persistente de quienes eligen la palabra como forma de comprender el mundo y de ofrecérselo a los demás.

Leer *Historias Maipucinas* es, entonces, mucho más que recorrer un conjunto de textos literarios. Es escuchar a la propia comunidad hablar de sí misma con honestidad, con humor,

con ternura y con fuerza. Es descubrir que la literatura no es patrimonio exclusivo de las grandes capitales culturales, sino que vive y respira en cada pueblo, en cada barrio, en cada persona que se sienta a escribir porque tiene algo verdadero que contar.

A los autores y autoras de este libro: gracias por su generosidad y por su valentía. A quienes tienen este libro en sus manos: bienvenidos a Maipú. No al Maipú de los libros de historia, sino al Maipú que piensa, que siente, que imagina y que escribe.

Aquí están sus historias.

Michael Rivera Marín.  
Editor Antología.



# **POESÍA**



# LA POESÍA ES MI TABLÓN DE ANUNCIOS

**AUTOR:** Diego Cancino, escritor, poeta. Ha sido premiado en diversos certámenes y publicado en antologías, diarios y revistas. Ha sido considerado por la crítica como un autor de culto y uno de los poetas más sobresalientes de la poesía latinoamericana actual. Su obra se enmarca en la corriente post-existencialista y aborda las grandes preguntas universales. Obras de poesía publicadas: *Después del gran aullido*, *Sobre la iconografía de los sueños rotos*, *La torre de Babel en obra gruesa*, *Nenia Cunae* y *Ella*.

Tengo una cáscara de nuez como refugio,  
hay bordes imprecisos allí por donde cruzan las  
mareas,  
aristas delgadas como espinas  
se aferran a mis manos  
cuando busco orientar las velas al levante.  
Pero tengo en la poesía mi tablón de anuncios,  
el mástil desde el cual cuelgo mis banderas.  
Ella -- la poesía --  
puede invocarse y escribirse aquí, allí y en  
todas partes:  
en los campos de exterminio,  
entre ronda y ronda de negocios turbios,  
en los burdeles ocultos en los barrios más  
humildes  
de la urbe.  
... es mi refugio, el oráculo  
que sopla consuelo hacia mi oído.  
... es la poesía,  
la cuadratura de todos los círculos  
del ancho mundo en el que vivo.

# LA “CAÑITA DE VINO BLANCO”

**AUTOR:** Héctor Elgueda Gutiérrez, Nacido y criado en Maipú. Es contador y tiene un libro publicado: Otoños Dispersos. Actualmente reside entre Maipú y Pitrufrquén.

Sábado rumbo al supermercado,  
caminar por calle Libertad con destino al Egas,  
pero antes, tenía su primera parada, mi  
padre y su pausa,  
Libertad con Las Heras para calmar la sed,  
Fuente de soda con muralla de adobe  
y una tinaja de greda pintada en la muralla,  
su nombre era **Fuente de Soda Medialuna**  
o la Medialuna de don Juan Olivares,  
local muy oscuro y desde afuera poco se veía su  
interior,  
una “cañita de vino blanco” solía pedir,  
mi hermano y yo afuera esperando,  
salía del local y le daba el apuro,  
“tu madre se va a enojar” solía decir.  
El terremoto del 85 selló la suerte del adobe  
Y ese local quedó en el recuerdo.

Con la caja de mercaderías del Egas al hombro  
camino a casa, otra pausa, otro poca de sed,  
otra “cañita de vino blanco”,

ahora el lugar en Las Heras con Rinconada,  
Zapatito Rojo se llamaba,  
tierra de color roja en el piso  
su mesón artesanal y su Wurlitze  
lo hacía un lugar especial.  
Nuevamente afuera esperando a mi padre.  
La remodelación del Transantiago  
se llevó el local y quedó en el recuerdo

Casi llegando, con la caja a cuestas,  
la última pausa, Victoria 2271 esquina Maipú,  
Fuente de Soda Tropicana  
otro poquito de sed,  
mi padre sube las escaleras de cemento  
maltratada con el tiempo ,  
la “cañita de vinito blanco” ya lo espera,  
nosotros, otra vez, esperando afuera,  
la Coca Cola prometida nunca llegó,  
él calma su sed y vamos camino a casa  
Esta vez La fuente de soda sigue viva  
mi padre y su “cañita de vino blanco”  
ya no están y son parte del recuerdo.



# AZRAEL Y METATRÓN

**AUTOR:** Elías Vargas cuyo seudónimo es Kraken es un escritor chileno de poesía existencialista, esotérica y narrativa de ficción y de terror. Sus referentes más obligados siempre fueron Ezra Pound, Charles Baudelaire, Miguel Serrano, Sven Hassel y Emil Cioran. Ha publicado hasta la fecha cuatro libros de poemas: *Dalias blancas para el malvado*, *Procesión fúnebre*, *Madre del Eterno Carmesí* y *Bucle al infierno*.

Instagram: @kraken\_thevoiceoftorture



# LA VORÁGINE

**AUTOR:** César Antonio Rey Marchant (1986). Editor, poeta y Gestor Cultural. Licenciado en Letras Hispánicas con mención en Lingüística y Literatura, por la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC) y Gestor Cultural por Universidad Tecnológica Metropolitana (UTEM). Fundador y editor de la editorial La Vieja Sapa Cartonera desde el año 2012 y de Editorial Almacigo desde el año 2023. Ha publicado los poemarios “Antropofagia” (2014), “Peleador Callejero II” (2019 y 2023), “El milagro de los gatos subiendo por los troncos de los árboles” (2021) y el libro/objeto “Bitácora Altiplánica” (2025). El año 2024 publica el libro investigativo, “Ecobarrio Villa 4 Álamos: un barrio que se transformó en un referente medioambiental”.

**E**ra un pimiento, lo recuerdo,  
tenía 7 años y subí  
entre sus ramas para quedar  
atrapado en la altura de sus copas,  
desde ahí tenía una vista  
privilegiada hacia el Templo.  
Lloré y nadie escuchó,  
mi llanto era el mismo llanto  
de un país que salía de una  
Dictadura para entrar en otra.

Corría el año 1993,  
el Arauco Outlet Mall  
aparecía en la comuna  
sobre chacras, canales y cultivos.  
Américo Vespucio no existía  
y mis abuelos recogían los tomates  
de su huerta en los veranos.

Con mi madre cruzamos  
Avenida Pajaritos en la Intercomunal 28,  
queltehues observan la niebla  
caer por las mañanas, mientras  
mi padre taxea en los alrededores  
de la Viña Lo Errázuriz.

Luego vino la vorágine:  
megamercados, autopistas, condominios  
cantan hoy junto a los tiuques  
sobre las ramas del mismo árbol

¿quién guarda en su fuste  
el corazón de los niños  
que crecimos en las antípodas  
de un erial privatizado?



# **CUENTOS**



# **CALLE LAS HERAS 2379, MAIPÚ**

**AUTOR:** Alicia Medina Flores, nacida en Maipú el año 1960, en casa de sus padres. Es poeta, ha publicado seis poemarios, algunos de los cuales se encuentran en la Biblioteca de Maipú. Con este texto quiso dar testimonio de su vida en Maipú o, mejor dicho, la de sus padres. Mira hacia atrás y piensa en las condiciones en que las mujeres, o un porcentaje de ellas, enfrentaban el nacimiento de sus hijos en sus casas.

12 de enero de 1964

**I**niciado el viaje, después que el llanto de un niño, llenó la sala, me fui por el pasillo central, recolectando recuerdos.

Fui tomando, todo lo que pendía del muro, tomé tantas cosas, hasta que apareció el rostro de mi madre que miraba desde el fondo, calmada, algo nostálgica. Quise que el pasillo no terminara nunca, me sentí completa.

Los gansos, aves domésticas, y que hoy ya no se ven en las casas, son o fueron un mal recuerdo de mi infancia. Mis padres arrendaban dos o tres piezas que daban a la calle Las Hera 2379, y en la parte de atrás, en el fondo del sitio, vivían los dueños. Ellos criaban gansos, estos al vernos corretear entre los cachivaches que se apilaban en los pasillos y patio, sin pedir permiso a nadie, los gansos al percatarse de nuestra presencia, iniciaban una persecución, contra nosotras, terrorífica. Nuestras cortas piernecitas no daban la velocidad necesaria, y siempre ellas, mis hermanas o yo, nos llevábamos un doloroso picor.

Ese 12 de diciembre algo ocurría desde temprano en casa. Mucho movimiento, mujeres con delantal blanco, entraban y salían del dormitorio de mis padres, otras, conversaban en un costado de la pieza, mientras nos observaban. Era media tarde y mi padre, parado en la puerta del comedor, nos hizo un gesto con su mano derecha, a la vez, con su dedo índice, nos indica un “shiss”. Entramos,

nos conduce al sillón familiar y nos acomoda tiernamente a cada una. Se sienta a nuestro lado, trae una peineta café, con la cual nos desenreda el pelo, somos cuatro hermanas, a dos le tocan trenzas y a las otras, chapas. Si lo pienso hoy, mi madre se habría enojado al vernos con esos peinados tan desastrosos. Sentadas, nos cuelgan las piernas en el sillón, tenemos, nueve, cuatro, tres, y dos años.

Una impaciencia nueva, curiosa, infantil, se fue apoderando de nuestra ingenuidad. La puerta del dormitorio de mi madre estaba entreabierta, un murmullo femenino, parecían rezar. No entendíamos, a mi padre le brillaban sus ojos pequeños, se movía por el comedor, inquieto. Con cuatro años aún no media el tiempo cronológico, las horas no existían, los segundos, lucecitas en el cielo.

De pronto alguien con guantes cierra la puerta del dormitorio, un gemido, un miedo infantil, un desconocimiento de la vida, nos hizo reconocer un llanto nuevo, uno distinto a nuestras voces, distinto a nuestros llantos. Transcurrida una hora, más o menos, una mujer alta y con guantes manchados con sangre, invitan a mi padre a pasar. Quedamos solas, sentadas, tal vez incómodas, no lo sé, cuando nos percatamos que se abre la puerta nuevamente, pero ahora era mi padre, quién nos llamaba a que entráramos. Nos paramos del sillón y entramos en silencio, en la cama estaba mi madre, ella, con su rostro fatigado, y mi padre, de pie a su lado cargaba en sus brazos, al recién nacido, mi hermano menor. Al

ver a mi padre en sus brazos, un cuerpo tan pequeño, creo lo relacionamos a nuestras muñecas cuando las envolvíamos en mantas que mi madre nos confeccionaba para nuestros juegos maternos, aún no dimensionábamos la grandiosidad de la llegada de otro hermano, ahora un varón.

Cuatro de mis hermanos nacimos en casa, mi madre entre tanto quehacer, no supo de anestesia, solo de la vida que apuraba.

*Dedicada a mi madre, Yolanda Flores, a mi padre, José Medina, y al recién nacido, Luciano Medina.*

Febrero 2026, Maipú.



# LA ROSA DE LA LUNA

**AUTOR:** Marco Sánchez Toro nació en la década de los 80s, su pasión siempre fueron las letras, desde muy niño escribía cuentos, poemas y dibujaba comics, su mente parecía que vivía siempre en una fantasía. Cuando creció quiso dedicarse a contar historias, es por ello que estudió con esmero la carrera de comunicación audiovisual, lo que lo llevó a ganar tres premios el año 2004 por un cortometraje; Mejor Guion, Mejor Dirección y Mejor Cortometraje a nivel nacional en su universidad. Ha escrito cinco libros y va ahora para un sexto.

Hoy por hoy sigue creando historias, para un día convertirse en director de cine y crear sus propias películas con repercusión social y cultural, de renombre a nivel nacional e internacional.

Hay historias que no figuran en los libros, que no se enseñan en las escuelas ni se repiten en las ceremonias oficiales, historias que sobreviven únicamente en los susurros, en la memoria de los viejos, en las caminatas nocturnas y en la intuición de quienes sienten que ciertos lugares guardan algo más que tierra y silencio. En Maipú, entre colinas antiguas y caminos polvorientos, existe una de esas historias, una historia que muy pocos conocen, pero que quienes la conocen jamás olvidan.

Corría el año 1892, Maipú no era aún la ciudad que hoy conocemos, sino un territorio rural, de campos extensos, casas humildes y tradiciones rígidas, la vida transcurría al ritmo de la naturaleza, de las cosechas y de los rezos. En ese tiempo vivían dos jóvenes de apenas veinte años, ambos nacidos en la pobreza, pero unidos por un amor tan profundo que parecía desafiar al propio destino. Él era hijo de una familia trabajadora, marcada por antiguas disputas y rencores heredados, ella, hija única de un hombre severo, orgulloso, de carácter duro como la tierra que cultivaba. Sus familias habían sido rivales durante años, por problemas que ya nadie recordaba con claridad; una deuda, una traición, una ofensa mal cerrada, en ese mundo, los odios pasaban de padres a hijos como si fueran parte del apellido.

Ellos se conocieron por azar, como ocurren las cosas que cambian la vida para siempre, una mirada sostenida más de lo debido, una

conversación breve, una coincidencia que se repitió, hasta que ya no hubo forma de evitarlo, estaban irremediablemente enamorados.

Ambos eran jóvenes de una belleza sencilla, de esa que no busca imponerse, pero que permanece en la memoria. Él tenía una sonrisa franca, de esas que nacen sin esfuerzo, y una mirada profunda, cargada de ilusión y respeto, hablaba con voz serena, elegía bien sus palabras y escuchaba más de lo que decía, como si cada frase de ella fuera un regalo. Ella, en cambio, tenía una risa suave y luminosa, capaz de disipar cualquier sombra, sus gestos eran delicados, pero su carácter firme, y cuando hablaba, lo hacía con una mezcla de timidez y valentía que lo desarmaba por completo.

Entre ellos, las conversaciones fluían como si se conociesen de décadas, hablaban de sueños de irse a vivir solos, empezar una familia o escapar de todo y dejar para siempre sus hogares. Se miraban largamente antes de responder, se interrumpían para reír, se tomaban las manos en silencio cuando las palabras no alcanzaban. No había grandes promesas ni juramentos exagerados, su amor se construía en la complicidad, en la ternura cotidiana, en la certeza íntima de que, aun en un mundo que les era adverso, podían reconocerse el uno en el otro como hogar.

Sabían que no podían verse a la luz del día, sabían que sus familias jamás aceptarían esa unión, así que hicieron un pacto silencioso, uno que solo ellos comprendían, se encontrarían

únicamente una vez al mes en las noches de luna llena.

La luna era su aliada, en un tiempo donde no existía la electricidad, su luz plateada era suficiente para iluminar caminos, rostros y promesas. Bajo ella, podían verse sin antorchas ni testigos y sin levantar sospechas.

Él siempre llegaba primero, la esperaba en lo alto de una colina situada detrás de la Capilla de la Victoria, cerca de un antiguo camino rural conocido como “La Rinconada”. A pesar de su pobreza, jamás acudía al encuentro sin esmero, se vestía con la mejor ropa que podía conseguir, una camisa limpia, una corbata que había comprado o intercambiado, un sombrero bien acomodado, no era un hombre rico, pero tenía una dignidad elegante, una presencia que hablaba de respeto y devoción. Tampoco nunca llegaba con las manos vacías, siempre llevaba una rosa roja para regalarle a su amada, esa flor era su símbolo, su promesa silenciosa, la cuidaba durante el camino, la protegía del viento y del polvo, como si en ella viajara su propio corazón. Cuando la veía acercarse, la extendía hacia ella con una sonrisa que lo decía todo.

Ella, por su parte, también se preparaba como si fuera un ritual, elegía su mejor vestido blanco, lo cepillaba, lo acomodaba con esmero, caminaba con el corazón acelerado, mirando a su alrededor, temiendo ser vista, pero deseando llegar cuanto antes, en cuanto lo divisaba, todo miedo desaparecía.

Así estuvieron durante casi dos años, dos años de encuentros furtivos, de palabras susurradas, de risas contenidas y promesas dichas en voz baja, dos años de amor puro, profundo, prohibido y sincero. Bajo la luna, se hablaban del futuro, de una vida juntos, de un lugar donde nadie los separara, creían, con la fe de los jóvenes, que el amor bastaba para vencer cualquier obstáculo, pero el destino, como suele hacerlo, escuchaba en silencio.

Un día, el padre de ella descubrió la verdad, no se sabe cómo, quizá un rumor, quizá una mirada sospechosa, quizá el seguimiento de un paso en falso. Lo cierto es que la rabia se apoderó de él como una tormenta, sintió que su honor había sido mancillado, que la sangre enemiga había tocado lo que él consideraba suyo, así que conociendo la dinámica esperó con paciencia oscura la próxima luna llena.

Esa noche, el padre subió a la colina antes que los enamorados, se escondió entre los matorrales, con una escopeta cargada entre las manos, desde la distancia, observó el camino, su respiración era pesada, su corazón golpeaba con furia, no pensó en su hija, no pensó en las consecuencias, solo pensó en el odio.

El joven llegó como siempre, con paso sereno y el corazón lleno de esperanza. Vestía sencillo, pero elegante, y en su mano llevaba la rosa roja cuidadosamente protegida, como si temiera que el viento pudiera lastimarla. Caminó hasta su lugar habitual en la colina y se detuvo a esperar, mirando el cielo bañado por la luna llena, pensando en ella, en su risa, en las

palabras que aún no le había dicho, no percibió la presencia oculta entre los matorrales, ni la respiración agitada del hombre que lo observaba desde la sombra, con los dedos tensos sobre el gatillo y la mente nublada por el odio, la duda y un último instante de vacilación que jamás se transformó en perdón.

Entonces, la noche se quebró, un estruendo brutal, seco como un trueno sin lluvia, hizo estallar el silencio y levantar en desbandada a los pájaros dormidos, el disparo resonó en la colina y el cuerpo del joven fue lanzado contra la tierra, mientras la sangre comenzaba a teñir el polvo reseco, la rosa cayó a su lado, intacta, roja como la herida que se abría en un costado de su pecho. Cuando ella llegó, lo encontró agonizando, gritó su nombre con una voz que se quebró en el aire, cayó de rodillas junto a él y lo sostuvo entre sus brazos, intentando inútilmente detener lo inevitable. Él apenas podía respirar, con los ojos húmedos, la mirada fija en su rostro y la voz entrecortada, alcanzó a susurrar un último “te amo” mientras le entregaba la rosa roja, la última que ella recibiría en su vida, parpadeó una vez más, como quien intenta aferrarse a un recuerdo, y luego su cuerpo quedó inmóvil, fundido para siempre con la sequedad silenciosa de la colina.

El padre, oculto aún entre las sombras, fue testigo del resultado de su propia furia y sintió cómo algo dentro de él se quebraba para siempre. La rabia que lo había sostenido hasta ese instante se desvaneció de golpe, reemplazada por un horror frío y paralizante.

Con el arma todavía temblando entre sus manos, dio unos pasos torpes fuera de su escondite, incapaz de apartar la vista de los cuerpos abrazados en el suelo, comprendió entonces con una lucidez cruel que no había defendido el honor ni corregido una falta, sino que había arrebatado una vida inocente y condenado a su hija a una herida sin retorno. Intentó hablar, pedir perdón, pronunciar alguna palabra que reparara lo irreparable, pero su voz se perdió en balbuceos inútiles, ahogados por el llanto de su hija que ya no podía contener. Era demasiado tarde, el disparo no solo había matado a un joven, había destruido para siempre el corazón de su hija y había sellado su propia condena a vivir con ese peso hasta el final de sus días.

Pasaron algunos días, ella nunca lo denunció, guardó el crimen en silencio, pero también guardó el rencor, desde ese día, jamás volvió a dirigirle la palabra a su padre. Desde entonces, su vida se volvió un largo duelo silencioso, cada amanecer era una repetición del mismo vacío, cada noche una lucha contra los recuerdos que regresaban sin pedir permiso, el sonido de los pasos de su padre en la casa le resultaba insoportable, no por miedo, sino por la certeza de compartir el espacio con quien había apagado la luz de su mundo, comía sin hambre, dormía sin descanso y hablaba solo cuando era estrictamente necesario, cada encuentro fortuito con la mirada de su padre era una herida abierta, una confirmación insoportable de lo ocurrido, no podía soportar

su presencia, ni su silencio, ni el peso de una disculpa que jamás llegó a sanar nada. A veces, en la soledad de su habitación, apretaba la rosa seca que había guardado como un relicario y dejaba que las lágrimas cayeran en silencio, sin consuelo posible, su castigo fue vivir, respirar y seguir adelante con el corazón enterrado junto al hombre que amaba, llevando un dolor que nadie veía, pero que la consumía lentamente desde dentro.

Finalmente, tomó lo poco que tenía y se marchó sin despedidas, comenzó a vivir en casas ajenas, acogida por amigas y conocidas que intentaban ofrecerle abrigo, aunque ninguna compañía lograba llenar el vacío que llevaba dentro. Cambió de techo, pero no de pena, cambió de lugar, pero no de recuerdo, donde fuera que durmiera, la noche siempre terminaba igual, con el pensamiento fijo en él, con la luna entrando por la ventana y con la certeza dolorosa de que ya no tenía hogar, porque su único hogar había muerto aquella noche en la colina.

Pasaron algunas semanas, y con cada luna llena ella regresaba a la colina, obedeciendo a un llamado que no venía del mundo de los vivos. Caminaba en silencio hasta el mismo punto donde todo se había quebrado y, de rodillas, depositaba una rosa roja sobre la tierra endurecida, como si aún pudiera hablarle, como si él pudiera escucharla desde algún lugar, era su manera de seguir amándolo, de no permitir que el tiempo lo borrara, de recordarle y recordarse que aquel amor había sido real,

pero el dolor no cedía, al contrario, crecía en la soledad, se enraizaba en su pecho y le robaba la luz a los días.

La tristeza se volvió un peso insoportable, una oscuridad constante de la que ya no podía escapar, hasta que una noche, bajo una luna llena más clara y cruel que nunca, comprendió que ya no le quedaba nada en este mundo. Vestida de blanco, como si acudiera a su propio destino, subió la colina por última vez, se arrodilló en el lugar de la tragedia y, con una vieja daga temblando entre sus manos, cortó sus venas y dejó que la sangre brotara en silencio, tiñendo su vestido, la tierra y la memoria, mientras la vida se le escapaba lentamente, cayó sobre el mismo suelo que había visto morir al hombre que amaba, sellando para siempre un amor que ni la muerte había logrado separar.

Al amanecer del día siguiente, cuando la luna ya se había retirado y la colina volvía a parecer un lugar común, fue encontrada tendida sobre la tierra fría. Su cuerpo aún conservaba la quietud de quien no se resistió al final, como si hubiese partido en silencio, sin reproches. La noticia se propagó con rapidez y cayó como un peso insoportable sobre su familia y sobre quienes alguna vez la conocieron, hubo llantos tardíos, palabras inútiles y miradas cargadas de culpa que ya no podían cambiar nada. Su padre, enfrentado al vacío de sus actos, comprendió demasiado tarde que el odio había cobrado más de lo que jamás podría devolver, aquella muerte no cerró heridas las multiplicó.

Fue entonces cuando muchos entendieron que la violencia solo engendra más muerte y que ningún rencor heredado justifica la destrucción de dos vidas jóvenes, pues un amor verdadero vale infinitamente más que cualquier rivalidad humana.

Con los años, la tragedia se fue diluyendo en el tiempo y la colina volvió al silencio, pero el lugar ya había quedado marcado. En 1895, Maipú contaba con su Cementerio Parroquial, ubicado cerca de lo que hoy es la Plaza de la comuna, sin embargo, las constantes inundaciones provocadas por las crecidas del río Mapocho y de los canales cercanos obligaron a buscar un terreno más alto y seguro. Así, el camposanto fue trasladado a su actual emplazamiento en la Avenida de la Victoria, en una loma junto al Templo Votivo. No fue una elección al azar, aquella colina, que había sido testigo de un amor prohibido y de dos muertes selladas bajo la luna, fue destinada a recibir a los muertos de Maipú, como si el tiempo, la tierra y la memoria hubiesen decidido que un lugar nacido del amor y la tragedia se transformara, para siempre, en espacio de descanso eterno.

Dicen que, en algunas noches de luna llena, cuando el cementerio duerme y hasta el viento parece caminar con cuidado, pueden verse dos sombras que no pertenecen a este tiempo. Aparecen entre las lápidas y los árboles antiguos, avanzando lentamente, como si reconocieran cada paso del lugar que una vez fue su refugio.

Él sigue siendo sencillo y elegante, tal como aquella primera noche en la colina, y en su mano descansa una rosa roja que jamás se marchita, intacta como la promesa que no alcanzó a cumplir. Ella, envuelta en un vestido blanco que refleja la luz de la luna, se acerca sin miedo y se refugia en su abrazo, como si la muerte nunca hubiese existido, como si el dolor hubiese quedado atrás, no hablan, no lo necesitan, bajo la luz pálida de la luna se besan en silencio, no con la urgencia de los que se perdieron, sino con la serenidad de quienes, después de tanto sufrimiento, por fin se han reencontrado. Y mientras permanecen allí, abrazados en la eternidad, recuerdan a los vivos que hay amores que no pudieron florecer en la tierra, pero que sobreviven al tiempo, a la sangre, al odio y a la muerte... y que a veces, toda una vida, todo un destino, puede resumirse en una sola rosa roja.



# PIUCHÉN

**AUTOR:** Miguel V. Welch, nació en Santiago Chile en 1971, es un profesional en el área de la informática que ha dedicado su afición a la Astronomía, la naturaleza y otras ciencias afines.

Se inició en la poesía en los 90's y se consagró en la literatura a mediados del 2000, siendo la ciencia ficción el género más desarrollado. Ganador de algunos certámenes de cuentos cortos y ganador de premios ILBA 2023 y 2025.

Otras obras del autor: El Espejo de Indra (2022), El Espejo de Indra II – “Bajo un cielo de auroras” (2024), El Espejo de Indra III – “La sombra de un cazador” (2026).

**E**n una mañana húmeda y fría en otoño del año 1554, un soldado español hacía su ronda de rutina, como cada mañana en su labor de patrullaje. Se dirigía precisamente a reemplazar a otro compañero de armas que estaba haciendo guardia, en uno de los límites más peligrosos que separa la frontera entre las tierras salvajes, bajo el dominio araucano, y las tierras bendecidas por la corona real y la Iglesia. La patrulla se había detenido en el cruce de caminos que las tropas solían llamar «El Descanso», un alto necesario antes de adentrarse en el valle, pero la niebla niebla evitaba ver a no más de un metro de distancia y extrañamente no podía visualizar a su compañero, pese a que conocía el lugar como si fuese la palma de su mano. Después de extenuante búsqueda, logra tropezar con un bulto en sus pies; era su compañero que estaba apoyado en el tronco de un alerce.

—¡Paco, oye Paco! —remeció a su compañero—. ¡Despierta holgazán!

Su compañero no respondía, y el soldado observa más detalladamente y ve que el malogrado amigo yacía tieso, con la piel seca, arrugada y la boca abierta, mirando al cielo con sus cuencas vacías. El soldado, espantado, emitió la alarma soplando el silbato, hasta que el resto de sus compañeros aparecieron de la densa bruma corriendo para socorrerlo.

—¿Qué ocurre allá?! —gritaba uno mientras se acercaba.

—¡Es Francisco de Toledo! —respondió el soldado—. ¡ayudad me por el amor de Dios!

—¡Qué le ha pasado a Francisco! —exclamaron los otros tres soldados que se aproximaban corriendo.

—Yo venía para un relevo, sin embargo lo hallé postrado en estas condiciones.

Estupefactos miraban los cinco soldados presentes en el lugar, miraban a los alrededores, y no se percibía ningún movimiento. Buscaban algún rastro de sangre, pero no había ninguna mancha sobre la armadura del malogrado soldado.

—Retiremos lo de este impío lugar —dijo uno de los soldados—. Debemos llevarlo al cuartel, y dar aviso al comandante. Su alma no descansará de no llevarlo a tierra santa.

Entre tres consiguieron llevarlo a cuestras, mientras que los otros dos, con sus arcabuces en mano, prosiguieron la ronda más temerosos que nunca.

\*\*\*

A pocos metros, escondido entre unos arbustos, un indio mapuche observaba cómo se alejaban los soldados españoles cargando al soldado muerto. Y éste desapareció entre los arbustos y la niebla, corriendo raudamente entre los árboles del bosque, cruzando roqueríos y riachuelos para luego ser emboscado por dos indios que hacían guardia en aquel lugar.

—¡Aucalef! que haces por aquí corriendo como un loco —le gritó uno de los guardias

que aparecieron de la nada—. Parece que hubieras visto un espíritu.

—Y no es broma, casi lo veo, pues tengo noticias urgentes que contarle a nuestro cacique!

—¿Por qué no nos lo dices a nosotros?  
—preguntó el otro indio.

—Se lo tengo que decir yo, que soy testigo, pero si sois tan curiosos, acompañadme y se los cuento.

Más tarde, en lo profundo de «La Rinconada», aquel valle protegido por los cerros donde se asentaba la tribu, Aucalef relata lo sucedido ante el cacique.

—Así fue como sucedió mi señor, estaba buscando piñones para llevarles a mi esposa y mis hijos, cuando de pronto, frente a mis pies se cruzó una extraña serpiente, era grande y larga, tenía alas de murciélago, cabeza de pájaro y cuernos que asemejan ramas secas, su pellejo cubierto de pasto y de su boca y ojos goteaban sangre.

Tanto el cacique como los indios presentes, escuchaban atónitos.

—Este extraño monstruo paso rápido frente a mis pies siseando —continuó el relator—. Yo me asuste y retrocedí unos pasos, luego mire de donde venía y advertí la sombra de un hombre sentado y apoyado en un árbol que parecía estar durmiendo. Me dirigí por curiosidad hacia ese lugar, pero cuando me acerco, me percaté que se trataba de un soldado huinca. Yo saqué mi cuchillo para matarlo pero luego me di cuenta que estaba muerto y seco como un charqui. A los segundos escuche

unas pisadas, cosa que hui en silencio hasta esconderme detrás de unos arbustos para observar. En eso llega otro soldado huinca, quien también creyó que estaba durmiendo, pero no tardó en darse cuenta que estaba muerto y emitió un estridente ruido a lo que otros huincas acudieron al lugar.

Discutieron entre ellos y se llevaron el cuerpo a cuestras. El cacique observó meditativo al indio y luego le preguntó.

—¿Por qué no te atacó el Piuchén?

Todos palidecieron al escuchar el nombre del extraño monstruo.

—No lo se señor, solo siguió de largo, tampoco me miró —respondió Aucalef.

—Ve a llamar a la machi —ordenó el cacique a uno de sus súbditos—. Y tu Aucalef, te quedas aquí, el resto vayan a sus labores.

\*\*\*

En el cuartel español se había iniciado un alboroto, los soldados corrían de un lugar a otro, a buscar sus armas algunos, otros para tomar posiciones. La noticia del extraño suceso se había extendido por todo el campamento, en cambio en la tienda del médico, yacía el cuerpo del malogrado soldado en una mesa. El comandante y los soldados que lo encontraron estaban presentes observando las labores del médico en su peritaje. El cuerpo del soldado muerto, estaba completamente seco, la piel estaba arrugada y ennegrecida, los ojos parecían aplastados por la ausencia del humor acuoso

lo que le daba la apariencia de las cuencas vacías, la boca estaba abierta expresando una mueca de horror y sufrimiento.

—El cuerpo presenta un estado de rigor mortis, lo que la muerte debería haber ocurrido hace dos días lo que debería ser lo lógico, pero Francisco Toledo estaba vivo el día de ayer antes de retirarse en la tarde, pareciera que la muerte debió registrarse en alguna hora de la madrugada, lo cual no me puedo explicar ni menos entender —fueron las explicaciones tacitas del médico a los presentes—. Hay ausencia de sangre en el cuerpo, lo que explicaría el estado en que se encuentra, y también la causa por la que el cuerpo no presenta indicios claves de descomposición.

Los observantes se acercaron al cuerpo en búsqueda de algún indicio que fuese clave del trágico hecho.

—Nada más se puede observar finos orificios en el cuello y extremidades, que coinciden con arterias como la yugular y la arteria femoral, que son las encargadas del tránsito principal del fluido vital sanguíneo, pero extrañamente no se presentan restos ni manchas que sería lo más notorio en una pérdida de sangre. Tampoco se encuentran heridas ni rasguños, nada más que estos orificios estratégicamente localizados. —fueron las conclusiones del médico.

—¿Quién pudiera haber hecho este tipo de heridas pese a que el cuerpo haya sido encontrado con la armadura puesta e intacta, y sin muestras de combate o accidente? —fue la

pregunta del comandante Francisco de Villagra, quien estaba profundamente consternado.

—Probablemente podría haber sido alguna bestia hematófaga —dedujo el médico.

—¡Esto debe ser obra del demonio! —exclamó el clérigo quien también estaba presente.

—¡Estos salvajes indios araucanos debieron haber hecho un pacto con Lucifer, que ahora les da por comer y beber sangre cristiana! —argumentaba uno de los oficiales de alto mando que también estaban en el lugar—. ¡Hay que hacer una cacería a esos bárbaros salvajes!

—Por favor, os solicito que guardéis la compostura —hizo un llamado a la calma el comandante—. Realizaremos un sumario para determinar los hechos y las causas de este deceso.

\*\*\*

En la aldea Mapuche, el ambiente era distinto, se corría el rumor de la extraña criatura y muchos viejos contaban viejas historias a los curiosos niños, sobre tiempos olvidados en la que el singular monstruo atacaba los animales de la tribu, dejándolos secos y muertos, provocando grandes pérdidas y calamidades.

En la choza del cacique se encontraban el líder de la tribu, la machi y el indio testigo quien terminaba de relatar nuevamente la historia de lo acontecido.

—Es la primera vez que el Piuchén ataca a un hombre —dijo meditando el cacique.

—No es la primera —dijo la machi—. Mis ancestros me contaban que el espíritu del bosque cobraba la vida de las personas que lo desafiaban, y hacía daño a aquellos que lo molestaban. Cada cien años despertaba de su letargo en los pantanos brumosos de «La Farfana», esa tierra de aguas estancadas y malos espíritus al oeste, y saciaba su hambre con los animales del bosque, sin descartar que también podía atacar a los rebaños y animales de los hombres. Mi bisabuelo una vez lo enfrentó y venció al Piuchén, pero perdió ambos ojos y casi quedó moribundo de no ser por mi abuelo quien le hizo beber la sangre caliente de un huemul, lo que le salvó. Desde entonces no se supo más del Piuchén, hasta el día de hoy.

Ambos tragaron saliva, tanto Aucalef como el cacique, en un momento de estupor.

—Y ahora resulta que atacó a uno de los huincas —dijo la machi.

—Por mí que se encargue de ellos —dijo Aucalef.

—Eso nos puede traer problemas —discrepó la machi—. Los huincas creerán que fuimos nosotros los causantes de la muerte de uno de los suyos.

—Y pueden tomar represalias contra nuestro pueblo —terminó la frase el cacique, con el semblante grave debido a la preocupación.

—Deberás reunir a tus hombres, para la guerra que se inicia —dijo la machi—. Y yo iré a invocar a mis ancestros por una respuesta.

—Aucalef, ve donde Lincopán, está haciendo guardia en la ciénaga, no vaya ser que los huincas quieran ir detrás del Piuchén.

\*\*\*

Al día siguiente el amanecer parecía lúgubre en el campamento español, la niebla bajaba lentamente dejando al descubierto la mortandad entre los caballos dentro de los establos.

Los centinelas no se habían percatado del incidente y emitieron la voz de alarma cuando los cuidadores salieron horrorizados, vociferando el espantoso suceso.

Francisco de Villagra salió corriendo de su tienda con el escándalo y uno de los soldados le reportó los extraños sucesos que acontecieron durante la noche.

—¡Decidme soldado, a que se debe semejante alboroto!

—Mi comandante, algo horrendo ha acontecido en los establos. ¡Los caballos amanecieron muertos y sin una gota de sangre!

El comandante se dirigió a prisa rumbo a los establos, cuando una muchedumbre se abrió al paso para dejar pasar al comandante.

—¿Alguien me puede explicar qué pasó aquí? —sus ojos se posaron en un animal muerto y seco en medio del heno y maderas.

—¿Quién hizo esto a mi caballo?! —exclamó furibundo Francisco de Villagra.

Nadie fue capaz de responder, a lo que el cuidador se acerca.

—Debió de ocurrir durante la noche mi capitán.

—¡Llamen al *albéitar*! —ordenó el comandante.

Al rato el experto en animales estaba sacando conclusiones.

—El animal no posee ni una gota de sangre mi señor, es inexplicable, además que tampoco hay restos de sangre ni en el cuerpo ni alrededor, tampoco muestra indicios de violencia. Tan solo pequeños orificios en el cuello y extremidades.

—Es extraño —comentó el comandante—, sufrió la misma muerte que nuestro soldado.

El resto de los presentes asintieron y los murmullos comenzaron.

—¡Es el demonio que transita entre nosotros! —se escucharon voces desde fuera.

—¡Estamos condenados, es la ira de Dios! —gritaron otros.

El pánico empezaba a brotar como fuego en pasto seco, en esto Francisco de Villagra tomó cartas en el asunto.

—Si no detenemos a esta bestia aquí —dijo Villagra—, el terror se extenderá por todo el «Valle del Maipo» y perderemos este asentamiento antes de siquiera fundarlo.

—¿Qué podemos hacer, su señoría? —dijo uno de los soldados—. Estaremos a vuestro servicio.

—Primero, debemos enviar un emisario al capitán Rodrigo de Quiroga en Santiago, preparad un caballo, debe enviarle un mensaje que yo mismo escribiré. Y segundo, usted elige

a sus mejores hombres para buscar a esa bestia o demonio. Debería estar por los alrededores.

—No deberíamos descartar la posibilidad de que se trate de algún arma de los araucanos, algún tipo de sortilegio o maldición que nos haya arrojado sus brujos o su líder, la machi —dijo el capitán Juan Godínez, quien estaba presente.

Los demás presentes que se sumaron al improvisado consejo comenzaron a murmurar.

—No podemos descartar tampoco, pero no tenemos evidencia que lo afirme —dijo Villagra—. No hemos recibido informes de avistamientos de los araucanos. Pero deberíamos enviar un destacamento hacia Rinconada, e intentar parlamentar con ellos. Exigirles que nos entreguen información. Capitán Godínez, usted se hará cargo de esa expedición.

—Sí, su señoría.

\*\*\*

Después de partir el destacamento de Godínez, un mapuche oculto entre los arbustos, se escabulle a toda prisa para informar a sus compañeros, a quienes encontró en los límites con La Farfana.

—¿Para dónde vas corriendo tan rápido, Nahuel? —gritó Lincopán, que salió de su escondite.

—Debo informarle a la Machi que una tropa de huincas salió de la fortaleza. Van muy armados.

—¿A dónde se dirigen?

—Van en dirección a nuestro campamento.

—Nahuel, que Llempi vaya a avisar a la Machi —Lincopán le hizo señas a un muchacho, quien partió corriendo—. Mejor, llévanos donde esos huincas para seguirles los pasos. ¿Cuántos son?

—Son cinco, van a pie y uno a caballo. Pero el tal Godínez encabeza la tropa. Hay que tenerle cuidado.

—Ese Godínez mató a mi hermano —refunfuñó Aucalef, que estaba con ellos—. Es mi oportunidad de vengarlo.

El grupo siguió a Nahuel, dejando unos pocos en el puesto como vigilantes. Fueron cruzando, bordeando la pantanosa ciénaga de La Farfana, donde más allá confluyen las aguas del río Mapocho y el Zanjón de la Aguada. Pero de esos humedales una sombra les siguió los pasos, serpenteando sigilosamente.

\*\*\*

Entre la espesa hierba de carrizos y totoras intentaban avanzar Godínez con su tropa, el caballo ponía resistencia en avanzar por lo irregular del suelo.

—¡Haz que avance ese animal, Gonzalo!  
—gritó molesto Juan Godínez.

—Tiene atorada una pata, capitán.

—Gabriel, ve a ayudarlo.

Entre los dos soldados, demoraron en destrabar la pata del caballo, sin tratar de herirlo. Un caballo dentro de la expedición era un so-

porte táctico y vital para una misión de avanzada.

—Tendremos que pasar la noche en este humedal, está oscureciendo y debemos buscar un refugio seguro y seco antes que anochezca —advirtió Godínez.

Un par de horas, los cinco soldados estaban rodeando una fogata para combatir el húmedo frío, mientras contaban historias.

—Así fue como nuestro capitán y héroe don Pedro de Valdivia cayó en la batalla de Tucapel —relataba Godínez—. No podía contener mis lágrimas, cuando me lo contaron esos *yanacunas*. Así fue tal el castigo de Dios, que nos privó de tan gallardo líder.

—¿Qué fue de ese tal Lautaro del que se habla?

—Ese traidor —refunfuñó con rencor, Godínez—. Felipe le había bautizado su señor, fue su paje. Era apenas un muchacho, un mozallete que nuestra merced le había enseñado con tanto respeto y cariño. Ya no es un hijo de Dios, sino del demonio.

»A nuestro líder, Francisco de Villagra casi lo matan en la batalla de «Marihueñu». Aún no se recompone de tal humillación y ahí lo espera, en la fortaleza de «El Descanso». Las últimas noticias que nos llegaron de Lautaro, es que saqueó e incendió nuestra sagrada Concepción.

Un relincho del caballo interrumpió la conversación de fogata, alertando a los soldados. Godínez le hizo señas a Gonzalo para que fue-

ra a inspeccionar, mientras el resto se aseguraban las armas.

—¡Capitán, el caballo está muerto!

—¿Cómo es posible eso? —Godínez se acercó a ver, y su expresión fue de estupor—. ¡Está seco!

—¡Allá! —Gonzalo apuntó con el dedo hacia unas rocas.

Una sombra se escabulló hasta esconderse. La silueta danzante era reflejo de las luces de la fogata y aparentaba la sombra de una serpiente con protuberancias y crestas.

—¡Que no se escape! —Godínez desenvainó su espada y se dirigió corriendo hacia las rocas, cuando sintió que un golpe le dio como mordedura en su pierna—. ¡Ay! ¡¿Qué fue eso?!

Una lanza rebotó en su pantorrilla y casi le hizo caer., y unos alaridos se escucharon a su espalda. Al darse cuenta, uno de sus hombres yacía en el suelo con una lanza atravesada y los otros dos se encontraban enfrascados en una pelea.

—¡Nos atacan! —gritó Gonzalo.

—¡A sus armas! —Godínez se dio vuelta para ir a la carga, pero sangraba de su pierna y cojeaba con esfuerzo.

—¡Ahí está Godínez! —Lincopán le señaló a Aucalef—. ¡Llegó tu hora de la venganza!

—¡Godínez! —gritó con furia Aucalef—. ¡Esto es por mi hermano!

Aucalef falló su tiro con la lanza, Godínez golpeó con su espada partiendo por la mitad el arma proyectada por el mapuche. Aucalef quedó paralizado al ver como el asesino de su

hermano avanzaba a cuestras pero amenazante con su espada en mano y un semblante sombrío en el rostro.

—¿Cómo se llamaba tu hermano? —preguntó Godínez— He matado a tantos indios como tú que he perdido la cuenta.

—Mi hermano se llamaba Panguilef, y yo Aucalef vengaré su muerte, te venceré, comeré tu corazón y ofreceré tu sangre a Antú y los pillanes.

—¿Panguilef? Ah sí, lo recuerdo —Godínez se detuvo a recordar—. Así que era tu hermano. Lo enfrenté en la batalla de «Marihueñu», dio buena pelea, pero le corté la cabeza. Y ahora llevaré la tuya como mi nuevo trofeo, Aucalef.

Godínez levantó su espada para asestar un golpe, pero su cuerpo dio una sacudida y el rostro del capitán formó una mueca de dolor y luego una contorsión le hizo caer al suelo de bruces. Su cuerpo estaba seco y sus cuencas vacías.

Aucalef no podía dar crédito de lo que sus ojos veían. A la luz de la fogata y los rayos de Luna, se irguió una gran serpiente con alas de murciélago y con cabeza de gallo. Sus ojos luminosos eran rojos como la sangre.

El Piuchén.



# REENCONTRÁNDOME

**AUTOR:** Mario "J" Marchant Cerda, pintor y escritor. Socio del Club de Lectura de la ilustre Municipalidad de Maipú. Autor de *Herencia de sangre*, *Tiempo extra*. *Ángeles y demases* y *Globos blancos hacia el cielo*.

Año 2007. Estaciono mi automóvil al costado del Club de Tenis y me bajo. Me fijo en las disparidades del terreno y avanzo. Comienzo a acercarme a mi destino y la veo: es una abuelita sacada de algún cuento infantil. Me asombra verla ahí pues el clima no es de lo mejor. La miro bien: ¡Sí, es real! La niebla a baja altura cubre el lugar y la humedad reinante es de cuidado, y sin embargo, está ahí, sentada y cubierta apenas con un chal desteñado que en una orilla aún tiene algunos rastros de hilo dorado. En sus manos, unos guantes de lana cumplen apenas su objetivo, pues se ven gastados, descoloridos...

Sigo mi camino y entro al lugar de mi destino: “Supermercado Toqui”, dice el letrero. Saludo al encargado de compras y a don Hugo, una persona de bien, tan sereno en el trato que da gusto conversar con él. Charlamos unos minutos y me entregan las llaves de la bodega para inventariar las especies e informarles de productos faltantes y sus cantidades. Terminado mi diagnóstico, me hacen el pedido correspondiente y me despido.

Al salir, la veo. Pareciera que me dijo algo, pero no alcancé a escuchar. Mi primera reacción es seguir en lo mío y no distraerme, pero una fuerza desconocida me invita a detenerme.

Ahora la veo con mayor atención: “Es ella”, pienso. La observo detenidamente. Ella hace un gesto con sus brazos extendidos y moviendo los dedos como invitándome a apreciar su merca-

dería, que no es muy variada, pero atrayente. Entonces me doy cuenta de que es una artesana. Me siento incómodo, avergonzado: mi primer impulso había sido ofrecerle mi único billete de dos mil pesos e irme. La habría ofendido, sin duda aunque ese billete era mi gran tesoro, y lo guardé porque tenía una esquina manchada con dos pintas de tinta azul. Miré las manualidades que ella hacía y se veían colorinches, pero armoniosas, alegres y muy bonitas. Ya más relajado, le compré un adorno mientras conversábamos un poco. Luego la invité a un café al frente, donde paran los taxis colectivos que van al centro de Santiago. Fue un impulso, y de inmediato pensé que podría malograr su salud, pero —para sorpresa mía— aceptó gustosa.

15 de enero, 2007

El dolor de cabeza era intenso, y así, de pronto... sufrí un accidente cerebro-vascular. Estuve varios meses en coma, y después vinieron varias operaciones más, de alto riesgo, lo que significó permanecer casi un año en el hospital clínico.

(Supongo que ahí pagué todos mis pecados, porque fue doloroso, incómodo, horrible).

Al año siguiente logré estar en mi departamento, en Avda. Portales 77. Comenzaba por fin a rehacer mi vida. Tenía una segunda oportunidad (que no estaría exenta de sufrimientos y esfuerzos).

La primera vez que me atreví a salir fue para caminar por Pajaritos en dirección a la plaza. Caminé por el lado poniente hasta la calle Chacabuco y atravesé.

Frente al local de la tienda ABC, estaba esperando el verde del semáforo... ¡Y la veo! Ese acto tan simple de mirar a alguien y reconocer su rostro, para cualquier mortal no tendría importancia, pero para mí significaba muchísimo: ¡Mi cerebro estaba comenzando a recordar; mi memoria funcionaba y eso me daba esperanzas de reordenar el puzle caótico de mi vida!

Atravesé la avenida lentamente, pero contento, y llegué a encontrarme con la abuela.

Grandes abrazos y me preguntó cómo estaba:

—Le pregunto por lo delgado que se ve —explicó.

Le relaté algo de mi tragedia y no se sorprendió. De pronto, su rostro se vio lozano, brillante. Tomó mi mano y murmuró una oración. Yo, con los ojos cerrados, me sentí ingrátido, como si flotara sostenido por un Ángel bueno, un ángel como los que he visto en la iglesia. Agradecido, seguimos conversando y volví a invitarla al café.

Nuevamente compré uno de los “chiches” que exhibía, orgullosa. Con eso, más el café, gasté otros dos billetes de mil pesos, pero lo hice con mucho gusto, aunque ya no me quedaba dinero alguno; mi cuenta fue cerrada debido a unas claves erróneas que alguien en mi ausencia estuvo manipulando.

Media hora después nos despedimos. Comencé el retorno muy cansado, pero con una nueva confianza en mi recuperación. No me

costó mucho llegar a mi destino. Yo, siempre temiendo que me ocurriese algo, por mis fuertes dolores de piernas y cabeza, esta vez ni me acordé y llegué sin novedad.

Mi almuerzo fue algo liviano que tenía en el refrigerador, y me dormí casi en seguida. Al despertar en la tarde, decidí hacer lo mismo que en la mañana. Estaba cansado, pero debía exigir a mi organismo si quería mejorarme pronto, así es que nuevamente caminé (más lento que lo habitual) hasta la calle Elisa Correa y ahí me di cuenta de que no era sensato seguir más allá; había que ahorrar fuerzas para el regreso.

Frente al Banco de Chile, giro, me doy vuelta y siento que algo toca levemente la bastilla de mi pantalón. Me inclino y miro: ¡ahí estaba el mismísimo billete de dos mil pesos, con su esquina manchada con dos pintas de tinta azul, ondeando como una bandera vencedora, por efecto del viento! Sonreí tontamente, sin entender, anonadado, nervioso y contemplé el cielo buscando señales. Sentí emociones diversas, casi pierdo el equilibrio al tratar de recogerlo, pero seguí obnubilado. Contra toda ley de gravedad, el billete aún se mantenía fijo en el mismo lugar a pesar del viento. Lentamente y con mesura me fui inclinando hasta que logré tomarlo. Mis ojos se humedecieron. Milagrosamente, otra vez tenía ese único billete manchado para emergencias. ¡Abuela, abuela, mi Ángel Celestial! ¿Cómo te doy las gracias, cómo?

Me sentí bendecido, me sentí optimista... como hombre adulto, pero recién nacido. Ma-

ñana será otro día, pensé. ¡Y tal vez, mañana será OTRA VIDA!

Y no sé cómo, me encontré caminando alegre y decidido, hacia el Templo de Maipú.

# VISIÓN DE FUTURO

**AUTOR:** Sebastián Donoso es programador de profesión y escritor por vocación. Llega a Maipú a los 10 años. Si bien en su adolescencia el vínculo con la comuna fue poco, en la adultez descubre la riqueza histórica y patrimonial de Maipú, como también a la comunidad y el aporte que muchos hacen día a día en esta comuna. Actualmente es dirigente social participando en organizaciones de su villa, y también de alcance comunal.

RRSS: <https://www.instagram.com/relatosdelseba/>  
Blog: <https://losrelatosdelseba.wordpress.com/>

Toda mi vida guardé esto en secreto, ahora en mi lecho de muerte, escribo esta carta como confesión de lo que viví aquel día.

Ese 5 de abril el sol golpeaba sobre el páramo. Pocas veces me sentí tan tenso. Observaba como a la distancia cientos de hombres esperaban con sus uniformes, y el reflejo del sol sobre sus armas. Tuve miedo, como muchos de mis compañeros. Estábamos en los llanos de Maipú, siguiendo las órdenes del General San Martín, quien había tomado posición en una loma al sur del resto del ejército.

Nos ordenaron marchar hacia el suroeste, pues las tropas realistas se alistaban a presentar batalla en un pequeño cerro que les permitiría tener una vista similar a la de nuestro general sobre todo el llano.

Comenzamos la marcha lenta pero firme. Los fusiles listos para el primer disparo. Los cardos dejaban sus espinas en nuestra ropa, pero no nos podíamos detener. Las primeras explosiones se escucharon. La artillería había disparado contra la loma hacia la cual avanzábamos. Imagino que fue una orden del Coronel Blanco. Una orden muy acertada por cierto, pues provocó el caos en la formación española dándonos más tiempo para acercarnos.

El suelo comenzó a temblar con más fuerza que la de los cientos de hombres que corríamos con el fusil aprestos a disparar. Y a nuestro alrededor el retumbar de la caballería nos adelantaba por el costado en su primera carga. A la

cabeza galopaba un gigante, que hacía parecer su caballo un potrillo. Sin duda el Comandante Bueras con su bravura se dirigía sable en mano a abrir el combate. Una voz retumbó a su paso, un grito de aliento, una orden que nos envalentonó a todos.

—¡Por la patria, muchachos, sin retroceder! —dijo el Comandante, tanto a sus tropas de caballería, como a la infantería que intentábamos a la carrera llegar pronto contra el enemigo. La tierra se elevaba con el galopar de los caballos, y el humo de la ronda de artillería comenzaba a formar una niebla leve en nuestro horizonte. Pero a pesar de ello no quitamos el ojo de nuestro objetivo.

Tal vez por ello fue que no vi esa zanja, tropecé y caí. Y aquí está el motivo de que no le contara a nadie lo que sucedió, pues es inverosímil. Al levantarme, no estaba en el campo de batalla, sino que en un lugar extraño. El suelo era de piedra lisa, los caminos también, grandes fragmentos de roca que iban de calzada a calzada. Carruajes moviéndose sin caballos que tiren de ellas. Y poyos de enorme envergadura que se extendían a lo largo de cada construcción y por la cual caminaba las personas.

Seguí una de estas calles, y en la esquina un letrero con un nombre llamó mi atención. “Avenida de la victoria”. Mis pensamientos por mis compañeros volvieron a mi mente. ¿Qué había pasado? No lo sabía. Seguí por esa calle y en la siguiente el letrero decía “Argentina” trayendo a mi los recuerdos de aquellos soldados con quienes crucé la cordillera para esta importante ba-

talla. ¿Pero dónde estaban todos ellos? O más bien ¿dónde estaba yo?

Aceleré mis pasos, pues debía desentrañar lo que acontecía, y el siguiente letrero indicaba “Blanco Encalada”. ¿Por qué tenía el nombre del coronel? ¿Qué sucedía en este lugar? Sin darme cuenta camine por esta nueva vía, hasta llegar a una plaza donde 3 calles se encontraban. “Libertador General Bernardo O’Higgins” y “General José San Martín” se unían a “Blanco Encalada” por la que venía.

Por primera vez pensé que tal vez estaba en otra época, en un futuro. ¿Entonces vencimos? Mis pasos como una broma, o como una aclaración me hicieron seguir al igual que en la batalla al “General José San Martín”. Y rápidamente vi el siguiente letrero, “Chile”. Corrí hasta el próximo. “Libertad”. La piel se me erizó. ¡Habíamos vencido! Seguí y llegué a una que decía Maipú. Supuse que era buen punto para doblar “Hermanos Carrera” y “Manuel Rodríguez” confirmaron mi intuición. No había duda. Los nombres de tantos compañeros de armas, de mis oficiales, sin duda era muestra de que había sido una victoria contra las tropas realistas. ¿Pero cómo? ¿Dónde están?

Seguí por Maipú hasta una plaza. Una torre extraña estaba frente a ella, de gran altura, como jamás había presenciado en mi vida, dominaba la zona, pero sus laterales llenos de ventanas de vidrios difícilmente hubieran presentado resistencia en una batalla. Sin duda la ostentación de riqueza era la prosperidad que anhelábamos para esta tierra. Jamás había visto

tanto vidrio en una edificación. No me detuve a apreciar más de ella, un monumento en la plaza me llamó la atención, y fui hacia él.

Un monolito se elevaba en medio de la plaza, con placas en sus costados. Al acercarme pude leer en ella los nombres de quienes comandaron los distintos batallones ese día, rodeando por el costado el listado de oficiales continuaba. En su lado opuesto estaban los nombres del Coronel de las Heras quien comandó el Ala Derecha, y del Teniente Coronel Alvarado quien hizo lo propio en el Ala Izquierda. Hacia el frente del monumento, El nombre del General San Martín Sobre el cual leí “A los vencedores de los vencedores de Bailén”. Ese nombre me congeló unos instantes... Lo había escuchado anteriormente, y no podía creer a quienes debíamos enfrentar en ese decisivo día. ¡A las tropas que en Bailén derrotaron las tropas de Napoleón! Pero una sonrisa se dibujó en mi cara, mientras mi pecho ardía de orgullo. Habíamos vencido a esos hombres que pasaron a la historia. Debía volver con mis compañeros. No podía seguir alejado del honor de aquel hito histórico. ¿Pero cómo podría volver? Si aún no comprendía qué había sucedido para que estuviera en algún día del futuro.

Decidí seguir caminando, sin saber hacia dónde me dirigía. Mis pasos me dirigieron a unas escaleras que bajaban a una calle de mucho tránsito. Y fue entonces que una ráfaga de viento me detuvo un instante. Sobre mí una bandera ondeaba exponiendo esos tres colores

con una estrella solitaria, misma que se presentó en aquella batalla de la que me ausentaba.

Bajé presuroso las escaleras, antes de frenar en seco. La calle ante la cual me encontré al pie de las escaleras, sin duda tenía la calzada más ancha que hubiera conocido. Al medio jardines separaban las vías en cada sentido, e incontables carruajes sin caballos pasaban por aquella calle, cual más grande que el anterior. Algunos incluso tan largos como una casa pequeña.

Las construcciones de esta época no las comprendía. Un pequeño castillo o fortín, con un pozo que mantenía a la gente alejada del mismo permitiendo el acceso únicamente por una rampa al frente. Pero rodeado de vidrio e incapaz de servir de fortificación. Y poco más allá, otro en piedra más cerrado, con una torre redondeada en su esquina principal. Tal vez la única edificación que realmente hubiera servido para prestar resistencia ante algún ataque.

Otra característica que no pude comprender, eran las vestimentas de esta gente. Mujeres y hombres vestían pantalón por igual, y si bien, fueron pocos los hombres que observé con largas cabelleras como el de las mujeres, si era más frecuente ver mujeres con cortes similares al de los varones. Los años venideros, cuando pensaba en estos aspectos posteriores a mi retorno, no fui capaz de llegar a ninguna conclusión al respecto. Incluso me atrevería a decir que pareciera existir libertad en vestir o llevar el cabello a gusto.

Continué por una cuadra más, y nuevamente me detuve. En una ventana pude apreciar mi

reflejo. Fuera de toda lógica, ese no era mi cuerpo, tampoco reconocí las vestimentas. En los años venideros llegué a la conclusión de que mi pensamiento se apoderó de la mente de alguien de esta época, permitiéndome ver este esperanzador, y en muchos aspectos, incomprensible futuro.

Por último mis pasos me llevaron a una gran plaza, cuyas dependencias me dejaban perplejo, parecía una mezcla entre lo moderno de mi tiempo, jardines tradicionales y árboles, mezclado con estructuras que jamás había visto. Mucha gente bajaba por unas escaleras y otros tantos salían de aquellos túneles. Quizás así sea la minería en el futuro. Y fue en la zona más abierta de la plaza, que pude admirar la bandera más grande que hubiera podido imaginar. Y admirando su majestuoso ondular por el viento ante el cielo azul, fue que me giré mirando alrededor y al fondo de una calle tan ancha que hubieran podido desfilan los batallones, es que se levantaba cortando el horizonte un templo como jamás lo hubiera visto.

Quise dirigir mis pasos en esa dirección, pero mi vista quedó capturada por un árbol que permanecía tras una reja. Aquel árbol grande, viejo, sentía que me llamaba. Es difícil de comprender y de explicar, pero así lo sentía. Fue entonces que dirigí mis pasos hacia él, ensimismado, y no me percate que al bajar del poyo a la calzada la diferencia de altura me provocaría otra caída.

Mientras me levantaba, escuchaba a la gente a mi alrededor, pero algo sucedía. Había caos

en el ambiente, gritos y explosiones. El coronel de las Heras rugía órdenes entre las tropas, y el Octavo de libertos comenzaba la marcha para cumplir la orden de perseguir a los realistas que huían hacia lo espejo.

El polvo se levantaba cuando los caballos pasaban a mi lado. Reconocí a los granaderos en ese galope, quienes se apuraban para apoyar cubriendo los flancos del Octavo. Me llamó la atención no ver a Bueras entre ellos.

Mientras en el Primero nos preparábamos para también unirnos a la persecución. Cuando le dimos alcance al Octavo, lo que encontramos nos llenó de rabia. Era difícil no querer hacerles pagar con la misma moneda, pero, imagino que los detalles de estos sucesos no desaparecerán en el tiempo y gente con mejor habla que la mía, sabrán llevar de manera adecuada los hechos referentes a ese capítulo de la cruel jornada.

Finalmente habíamos conquistado la victoria. Grandes hombres fueron el costo, algunos nombres vivirán en la historia, y otros el tiempo los hará desaparecer. Pero tengo la certeza de que nuestro logro será eterno.

Finalmente, en mi lecho de muerte, no puedo partir de este mundo, sin expresar que se que así como yo desperté en otra época, alguien de ese futuro despertó en mi cuerpo en medio de la batalla. Si con quien intercambiamos nuestros cuerpos, o nuestros pensamientos es quien lee esta carta, le pido mis más sinceras disculpas por esas circunstancias que estuvieron más allá de arbitrio y comprensión. Pero así como tuve la

oportunidad de llenarme de esperanzas para volver a la batalla conociendo de antemano nuestro favorable resultado. Espero que usted también haya podido apreciar nuestros anhelos, y nuestros esfuerzos en aquella batalla, donde entregamos nuestras vidas por un fin mayor a ellas, por la libertad.



# EL CORVO DEL TÍO JAVIER

**AUTOR:** Ramiro Oliveros David es escritor de terror, ciencia ficción y thriller. Cuentos suyos han aparecido en diversas antologías a nivel nacional como internacional. En 2024 su cuento “Desiderio di Natale” aparece en “Il Tramonto della notte”, colección de cuentos de terror en italiano. Es coautor de "Chiloé Primordial: horrores al sur de las tinieblas", antología sobre mitos de Chiloé en escenarios contemporáneos, publicada por Círculo Diodati, grupo al que pertenece. Coanimador de los podcast de cine y literatura: @cineidoscopio.podcast y @marcapagina80

Cuando nació el Ignacio, el hijo menor de mi tía Rosa, la hermana regalona de mi mamá, a todos se les metió en la cabeza la idea de ampliar la casa.

Cuando hablo de la casa, lo hago con esa entonación de importancia que notan, la casa, porque no era una casa básica de población DFL2, tampoco una casa chica carísima de esas nuevas que construyen por montones en las afueras, en las que antes solían ser extensas chacras de frutas y hortalizas que crecían casi sin importarles a nadie más que a los cientos de niños que, como yo y mis primos, hurgueábamos entre sus ramas para apropiarnos de sus frutos sin más cuestionamientos que cual de ellos probar primero.

La casa era, o es, porque de alguna manera seguimos estando ligados a ella, La Casa. Construida en el casco histórico de Maipú, a pocas cuadras de la Avenida Pajaritos. El lugar donde nacieron mi madre y mi tía Rosa, el lugar donde creció mi abuelo Norberto y donde mi tío Javier, esposo de mi tía Rosa, cavando el patio para el radier de la ampliación, encontró la espada.

Nadie habría imaginado, ni siquiera en sus sueños más febriles, encontrarse con aquello que adornó por años el living de la casa. En el centro de la pared del fondo, dentro de una vitrina de vidrio, cuyo fondo acolchado estaba cubierto de un púrpura satín, descansaba siendo testigo del tiempo, la espada, o mejor

dicho, el sable corvo desenterrado del patio ese verano de construcción.

—Que les digo que no es una espada chiquillos porfiados, es un sable corvo de fabricación otomana, San Martín fue el primero en introducir este tipo de arma oriental en Sudamérica. Todo su regimiento Granaderos estaba armado con ella —nos pregonaba casi a diario el tío Javier. Y es que su constante atención por la espada fue convirtiéndose en obsesión.

Mis primos y mi tía Rosa no le hacían mucho caso, para mi tía mientras no la molestara podía seguir jugando con su juguete, como solía decirle a mi madre, mientras tejían o tomaban té con la teleserie de fondo. Mi primo mayor, Osvaldo, fue el único que se atrevió a enfrentar a su padre.

—Oye pá, ¿sabías que la Usach tiene un proyecto que pretende encontrar restos de la Batalla de Maipú? Dicen que hay cerca de dos mil quinientos soldados fallecidos. Quizás sería un buen final para la espada donarla a ese proyecto.

El tío Javier levantó su mirada y dejó caer la cuchara en la sopa. Mi primo estudiaba en la Usach y se había enterado del proyecto y sin comentarle siquiera a su madre pensó que era el momento de deshacerse del objeto y recuperar a su papá. Y no es por exagerar pero todos extrañábamos al tío Javier, después de todo para mí era lo más cercano a un papá. De pronto dejó de tomar once con nosotros y llegaba del trabajo solo a sentarse frente a la

espada y susurrar cosas sin sentido, a eso le siguió dormir en el sillón del living y la gota que rebalsó el vaso fue cuando un sobre certificado llegó a la casa anunciando su despido. La inasistencia de una semana corrida a la fábrica fue el motivo de su desvinculación.

En ese momento fue cuando a mi tía se le quitó la tranquilidad por la situación. Dejar que el sustento económico de una familia destine sus días solo a desvariar con un artilugio de otra época, desenterrado del patio de su casa, no estaba entre lo que tenía pensado como vida familiar. En esas circunstancias fue que Osvaldo pensó que convencer a su papá de donar el corvo era la mejor salida a ese escenario de desesperación.

—¡Estás loco! —gritó el tío Javier al tiempo que golpeaba con ambos puños la mesa—. Él me pidió que cuidara su espada, que le brindara todo el honor que él no pudo darle en batalla. Le gusta el colchón y la vitrina. Mientras yo viva estará ahí y no en otro lugar —sentenció.

Esa tarde mi primo, mi tía, mi madre y yo y hasta el pequeño Ignacio, que acababa de cumplir dos años, comprendimos que al tío Javier algo se le había trastocado en la cabeza.

El tiempo es curioso y un mal jugador, siempre se ensaña con quien pretende engañarlo. El tío Javier, ya enajenado por completo casi al punto de abandonar su ropa y limpieza personal, comenzó a vagar por las calles. Si bien volvía al atardecer, gastaba cada día recorriendo lugares testigos de enfrentamientos

y batallas. Don Fermín, el dueño del almacén de la esquina, vino un día a la casa a dejarlo. Lo encontró en la cocina de su casa, que también es la parte trasera del almacén, tomando medidas en el suelo.

—Conozco hace años al Javier, pero el que estaba tomando medidas en la cocina de mi casa no parecía él —nos dijo al despedirse esa tarde el almacenero.

Muchos fueron los intentos de sacar la vitrina y deshacernos del corvo. Pero siempre algo pasaba que nos impedía completar la misión. La vez que estuvimos más cerca fue cuando me lo llevé en la mochila para lanzarlo al Zanjón de la Aguada. Esa mañana el tío Javier salió temprano, llevaba la misma ropa del día anterior y del anterior a ese. Algo comentó de tener que reunirse con un historiador que le daría ciertas coordenadas exactas que “él le había encargado encontrar”. Fue entonces que sin perder más tiempo, la tía Rosa tomó una silla y la arrimó a la pared que sostenía la vitrina, la abrió y de entre el acolchado fondo tomó la espada. Casi se va de espaldas dado que subestimó el peso del artefacto, sin embargo, lo único que comentó mi tía más tarde fue que nunca había sentido algo tan suave como el terciopelo que abrigaba al corvo.

Realmente pesaba más que lo que uno pensaría de mirarlo, abrí la mochila y con algo de cuidado lo saqué. El sol lo bañó por unos segundos y su hoja pareció recuperar su olvidado brillo. Miré a ambos lados de la calle

cuidando no tener testigos y cuando estaba por dejarlo caer a las aguas del canal la vibración de mi teléfono en el bolsillo de mi pantalón me detuvo.

—¿Ya lo tiraste? —preguntó mi madre, su voz se oía agitada y confusa.

—No, de hecho, estaba por hacerlo.

—¡No lo hagas, devuélvete a la casa altiro!

Ese día el tío Javier volvió más temprano y no le gustó no encontrar el corvo en su vitrina arrimada a la pared. Mi madre me contó que comenzó a gritar y maldecir, que no sabíamos lo que estábamos haciendo, que porqué nos atrevíamos a faltarle el respeto así. Siguió golpeando todo lo que encontró a su paso y solo se tranquilizó cuando el Osvaldo lo abrazó fuerte por la espalda y le dijo que yo solo había tomado el corvo para mostrarlo en el colegio, eso a la par que mi mamá me llamaba y evitaba que lo arrojara a las aguas turbulentas del Zanjón.

—La próxima vez que quieras tomar el corvo y más aún, llevarlo a otra parte para mostrarlo debes avisarme, ante todo debemos pedirle permiso a él —fue todo lo que me dijo la vez siguiente que me vio.

Días después, en un desesperado arranque de cordura, el tío Javier puso una aldaba a la vitrina y un candado porque “sabía que irían a por ello otra vez”. Si algo positivo hay en todo lo que pasó en estos meses es lo mucho que aprendió de la Batalla de Maipú, gracias a los tantos libros y revistas que encontró en los

coleros de las ferias y a los historiadores y profesores con los nos decía se reunía.

—¿Sabían ustedes que Santiago Bueras no llevaba dos sables? O sea, era un sable y otra cosa que más que sable parecía un cuchillo largo.

—Ni idea tío, más allá de la estación de metro con ese nombre le reconozco que no ubico al caballero —respondí, con algo de vergüenza por mi desconocimiento sobre Santiago Bueras.

—Que mal. A Santiago Bueras deberían honrarlo más de lo que hacen.

—¿Y cómo usted sabe tanto? —le pregunté—. ¿Se lo contó el historiador con el que se junta? —consulté con verdadera curiosidad.

El tío Javier sacudió sus manos como soltando un polvo que solo el podía ver. Frotó las palmas contra su pantalón y respondió:

—No, el historiador solo me ayudó con un par de direcciones que necesitaba, todo lo demás me lo cuenta él.

—¿Quién tío?

—Él pues, él me cuenta, me conversa largo y tendido sobre esa época, sobre las batallas, su familia que dejó en el sur. Le gusta estar acá y que le cuide el corvo.

Esa frase, exhalada como si estuviera contándome que el cielo es azul y que cada mañana el sol emerge con la fuerza y seguridad de un ventarrón de otoño, me permitió dar el paso adelante para consultarle lo siguiente.

—Pero tío, ¿con quién habla de esto? ¿Quién es el que le cuenta de estas batallas?

Recuerdo su ceño fruncirse en una señal de extrañeza. Tomó el vaso que poco antes había dejado en la mesa y lo bebió. Aclaró su garganta y continuó:

—El dueño del corvo pues mijo, quien más.

Lo quedé mirando fijo, esperando que sonriera o rompiera en una estruendosa carcajada, pero no, solo había un rostro serio, extrañado de mi falta de complicidad.

—Amancio Soto se llama, y murió acá, cerca de la casa. Se me presentó apenas tuve contacto con su corvo. Confía en mi cuidado y no quiere a nadie más a cargo de su arma.

Los ojos del tío giraban de acá hacia allá y de allá hacia acá, rojos de no dormir lo suficiente. El tío Javier estaba ahí, pero al mismo momento se había marchado, quizás deambulaba ahora entre los dos mil quinientos soldados muertos esa tarde de abril de 1818, enterrados metros bajo tierra en lo que ahora es la Avenida Pajaritos.

Eso fue lo último que hablé con mi tío, a la mañana siguiente mi madre me despertó sobresaltada. Lo único que me dijo fue “tu tío se fue”.

Todavía dormido y pensando en que era una de sus salidas matutinas, a las que ya nos tenía acostumbrados, solo atiné a preguntar si sabían dónde. Solo cuando vi al Osvaldo y al pequeño Ignacio llorando sin parar comprendí que el tío Javier se había ido para no volver.

El velorio y funeral del tío Javier fueron un evento en la comunidad, mucho más de lo que cualquiera de nosotros hubiera imaginado o

querido. Varios lo conocían de años, otros parecían visitarlo por última vez como parte de un sagrado rito. Muchos fueron solo para ver el corvo, dado que su fama había proliferado en los alrededores gracias a las tardes de vagancia de mi tío. La causa de muerte fue un infarto, aunque Osvaldo empezó a decir que dentro de todo su papá estaba sano, del corazón claro, y que esto para él tenía que ver con el cuchillo corvo exhibido en la pared, justo sobre el ataúd que albergaba a su padre.

—Primo, mi papá no murió de forma natural, no fue un infarto, algo me hace pensar que fue la espada, o su dueño, ¿escuchaste alguna vez a mi papá referirse a él? A mí me contó hasta que se llamaba Amancio, que era como de mi edad, pero mucho más maduro, más hombre me dijo. Algo me dice que ese Amancio vino por él.

Osvaldo estaba cansado, había tenido que cargar con todo el peso de los trámites mortuorios, justo en una semana en que las obligaciones estudiantiles lo habían dejado agotado. La tía Rosa se había desmayado y mi mamá había decidido que mejor guardara reposo el resto del día, por supuesto ella se quedó acompañándola por lo que la recepción y atención de los asistentes había recaído de lleno en Osvaldo. No podía culparlo de hablar tonterías, mi tío a mí también me nombró al dueño de la espada y también más de una vez se refirió a él como alguien a quien se le debe respeto.

Un hombre de mediana edad, algo calvo y de ademanes al extremo melosos se anunció como gran amigo de mi tío y compañero de trabajo en la fábrica. El sujeto, tomó de un brazo a Osvaldo y lo llevó hasta otro rincón de la sala. Agradecí en silencio su aparición, ya que hizo de manera mágica deshacerme de mi primo. Esos instantes me llevaron a pensar en lo que estaba por venir, me giré lento y vi el ataúd caoba con incrustaciones de bronce en sus esquinas ser el protagonista de la escena, adentro estaba mi tío, descansando de sus desvaríos, de su obsesión.

Un par de metros más al fondo y unos centímetros más arriba la vitrina y el corvo brillaban, pero una mano se posó sobre el vidrio tapando momentáneamente su luminosidad. La mano se ayudó de otra, ambas pertenecientes al mismo dueño y como si de un acto de propiedad pura se tratase abrieron la vitrina y tomaron el corvo. Osvaldo giró su cabeza hacia mí y me mostró las llaves del candado que protegía la vitrina, lo que más me perturbó de ese momento no fue verlo tomar el corvo y guardarlo entre sus ropas, sino la mueca enferma que desdibujaba su rostro.

Durante los días siguientes nadie convenció a Osvaldo de regresar la espada a su vitrina. Llegué a pensar que la había entregado al programa de recuperación histórica de su universidad y debo reconocer que ello me tranquilizó. Sin embargo, una tarde en que volví antes del liceo, escuché unas voces provenir del dormitorio de mi primo. Abrí la puerta con

cuidado y lo vi con la espada en la mano, hablándole, inquiriéndole a Amancio porqué había tomado la vida de su padre. Al querer cerrar la puerta y salir de ahí trastabillé y di un portazo que sacó de su trance a Osvaldo.

—¿Primo eres tú? —preguntó.

Dudé en responder, pero era Osvaldo mi primo mayor el que me preguntaba, por mucho que lo hubiese hallado hablándole a alguien muerto hace siglos a través de una vieja arma de guerra, seguía siendo mi primo, con quien crecí, ese que más que primo yo consideraba un hermano.

—Sí, Osvaldo —respondí. Entré a su dormitorio seguro de encontrar al Osvaldo de siempre pero él que me recibió fue un remedo pobre de mi tío Javier.

Osvaldo dejó el corvo sobre la colcha de su cama y con su dedo índice lo indicó mientras su mano tiritaba de arriba abajo.

—Tenemos que encontrarlo —dijo.

La voz de mi mamá llamándome quebró el incómodo momento, salí de la habitación al par que contestaba a mi madre. Esa misma noche le conté lo que me dijo Osvaldo y de cómo lo encontré como ido, ensimismado en el corvo. Mi mamá me abrazó y me dijo que la partida del tío Javier nos impactó a todos y que era normal que todos estuviéramos alterados, que aún había pasado poco tiempo de su muerte y el proceso del duelo a veces es largo, que uno aprende a vivir con la pérdida pero que la pena no se va. El abrazo de mi mamá tuvo ese bálsamo que todo abrazo de madre tiene, me

relajé en sus brazos y lloré porque en ese instante noté que no me había permitido llorar a mi tío.

Oswaldo recuperó su normalidad, por decirlo de alguna forma. Retomó sus estudios y nos dijo que había entregado el corvo al estudio de recuperación histórico de la Usach, donde le dijeron que por la ubicación de nuestra casa era muy probable que el arma haya pertenecido a algún soldado del regimiento Granaderos, valientes hombres a caballo que dieron frente a las fuerzas realistas en los llanos del Maipo esa tarde de abril de 1818.

Mi mamá, la tía Rosa y el pequeño Ignacio se fueron a alojar a la casa de unos parientes en Quintero por unos días. El aire marino tranquilizará a tu tía y debo acompañarla, me dijo mi mamá, te quedarás solo con el Oswaldo, ya eres grande para poder estar una semana sin tu mamá, culminó. No quise rebatirle que nadie es nunca demasiado grande para estar sin su mamá y opté por decirle que fuera tranquila y se preocupara de la tía.

Esa semana casi no vi a Oswaldo, yo llegaba del liceo y él ya se había ido a clases o a veces cuando el volvía de la universidad yo ya estaba encerrado en mi pieza preparando mis cosas para el día siguiente.

Todo parecía ir retomando la normalidad de antes de la ampliación, de antes del hallazgo de la espada, salvo por la vitrina que seguía ahí, al medio de la pared del fondo del living, como recordando a cada minuto que aun la historia no se cerraba.

Me decidí a sacar la vitrina al llegar a la casa, no esperaba que volviera mi mamá y mi tía. Pero a veces uno planea cosas y es el destino o alguien que guía los hilos del mundo el que decide que pasará. Esa tarde volví a casa y lo que me recibió fueron estruendosos ruidos que venían del patio. Entonces fue que lo vi.

Oswaldo, sin polera dentro de una fosa de más de un metro de profundidad y del largo de una persona promedio, a pocos metros del término de la ampliación. Estaba sudado y sucio, su mirada enajenada buscaba algo más allá de mi rostro cuando me vio. A un costado, sobre la tierra yacía el corvo.

—Mira —me dijo —arrojó una vieja libreta a mis pies, en su tapa de cuero en una caligrafía ya olvidada pude leer con algo de dificultad “A. Soto”.

—Lo encontré primo, necesitaremos una vitrina más grande.



# DESHABITADA

**AUTOR:** Jessenia Chamorro - Salas, es Profesora de Lenguaje y Comunicación (PUC), Doctora en Literatura Hispanoamericana y Chilena (UCH), y Magister en Literatura Latinoamericana y Chilena (USACH). Jessy también es autora de *Corsé*, libro de relatos publicado por Sangría Editora en 2021 y Queltehue Ediciones en 2025, libro que fue finalista del Premio Municipal de Literatura de Santiago en 2022. Asimismo, ha publicado en Amazon Kindle *El viaje de Milly* un relato dedicado a la primera infancia, así como también *Especular* y *Unimundo* en la plataforma Wattpad. Además, cuenta con diversos artículos de investigación y críticas literarias en revistas especializadas y medios de difusión, sobre memoria, cuerpo y enfermedad, especialmente en la escritura de mujeres.

La casa no era una casa, era un departamento, que no era departamento, era un hogar, un hogar de dos personas, dos ancianos con una rutina forjada con la lentitud de los años y las costumbres arraigadas en cada gesto, acto y minuto. Los hijos ya no estaban, el mayor era carabinero y había sido destinado al sur, en donde conoció a quien era su esposa y crio los hijos que vinieron. La menor era enfermera y según ella, entre los turnos y sus hijos no había tiempo de visitas, menos aún desde que el sudicho la había dejado por una compañera de trabajo. Así, ella y él se hallaron de pronto, solos en esa casa que antes había sido un hogar y que ahora solo era un departamento cada vez más grande. Apenas si recibían visitas, desde que el Alzheimer manifestó sus síntomas más evidentes, fue la gente quien pareció olvidarse de ellos. Ella no sabía, pero si él, quien sagradamente la bajaba del tercer piso a dar el paseo diario, a pesar del dolor de sus piernas artríticas, y los espasmos involuntarios producto del Parkinson que amenazan con botarlos a ambos por las escaleras cada día. Él así lo hubiese preferido, descansar. Pero el tiempo quiso otra cosa, y entre la letanía de los días fueron menguándose sus vidas sin saber de los nuevos nietos nacidos, sin cumpleaños celebrados, sin comida en el refrigerador. Él no tuvo corazón para seguir manteniendo dentro al gato raquíptico y una tarde sin más, abrió por primera vez en meses la ventana, y lo dejó huir, después de

tantas veces que lo había intentado, tantas que la puerta ya estaba decorada por sus uñas hasta la primera capa de madera bajo la pintura. Ella había sido una abnegada profesora normalista en una escuela municipal. Él, un funcionario público durante toda su vida. Habían vivido un par de décadas allí. Nunca les gustó la idea de vivir en un departamento, sobre todo por las escaleras, un tercer piso no es mucho, pero se vuelve un desafío cuando las piernas comienzan a fallar. Llegaron ahí de urgencia, luego de que perdieran la casa en donde habían vivido y criado a sus hijos los primeros años. El hermano del anciano fue quien lo estafó, aprovechando la confianza que éste le había depositado. Tras aquello, había dicho que más que una casa, perdió un hermano. Sin embargo, fue en el departamento donde pudieron construir una familia, tuvieron una familia, ahora ya eran solo ambos, solos, como al principio, cuando eran allegados recién casados en la casa de ella y dormían apretados en una cama de plaza y media.

Una tarde sin más, la vecina de arriba sintió un olor extraño. Cinco días habían pasado desde que había muerto ella, y siete, él. Dijeron que fue un paro cardíaco, nadie comprendía cómo ella, quien era la más débil, había durado dos días más. Nadie escuchó nada. Nadie recordaba que vivían ahí. Simplemente fueron dejando de salir, los paseos diarios se convirtieron en semanales, y luego apenas si uno al mes. Los vecinos no se dieron cuenta que ellos aún vivían ahí, que aún vivían. Llegó el hijo e hizo

guardia con su traje, y la hija lloró desconsolada sobre los ataúdes, mientras algunos niños y adolescentes metidos en sus celulares, o disimulados con sus audífonos, parecían no reconocer a esos difuntos.

Lo primero que hizo Marcela apenas entró al departamento fue ponerse su chaqueta porque el frío era mayor adentro que afuera. Karla no lo sintió, solo quedó asombrada por el espacio, imaginó de inmediato dónde irían los muebles. Marcela en cambio, suspiraba porque sabía que se vendría un periodo de remodelación arduo, y la sola idea de tener maestros metidos ahí le causaba urticaria, por eso, se ofreció a ser ella quien pintara las habitaciones, al menos así podría escoger el color, ya que el padre de Karla les había regalado amablemente los muebles de toda la casa, era carpintero, y aunque a ella no le gustaban porque no era su estilo y los consideraba anticuados, no podía rechazarlos porque eran el regalo de su suegro para el nuevo hogar. Ella pensaba que nada podía combinar con esos feos muebles y a modo de venganza, los mantenía tapados con pañitos de crochet para decorarlos. Marcela solía mirar tras el balcón, se ocultaba tras el visillo blanco del living, la única habitación con luz natural pues los dormitorios, pese a tener ventanas hacia la calle, ya no recibían la luz del sol, apenas un año atrás se había inaugurado un edificio que triplicaba la altura, convirtiéndose en un muro de sombra infranqueable. Y la ventana de la cocina era mejor mantenerla siempre cerrada, ya que colindaba con un local de frituras cuyo olor a aceite

refrito a Marcela causaba náuseas, lo cual, desde que arribaron, había perjudicado enormemente su salud, llegando incluso a detestar la sola idea de comer. Marcela fue intentando armar en el depto una nueva identidad, una nueva forma de habitar el mundo. Irse a vivir con Karla había sido su única opción tras la muerte de su madre, y su padre no la comprendía ni apoyaba como ella deseaba; desde aquello, ese era un hogar familiar que ya no le pertenecía y que la asfixiaba. Además, los años de relación con Karla tenían que asentarse en una vida juntas, ya no eran dos veinteañeras obligadas a verse a escondidas fingiendo amistad, casi llegaban a la cuarta década, era tiempo de formar su propio hogar, aunque para Marcela, Karla aún no asumía su nueva vida, no cortaba el cordón umbilical, puesto el depto estaba a una distancia reducida de la casa de su padre, lugar al que pasaba diariamente y a donde huía cada vez que tenían alguna discusión. Su madre los había abandonado cuando ella apenas era una niña, y ella creció asumiendo tareas de dueña de casa. Marcela en esos intertantos prefería leer, zambullirse en los libros, era su forma predilecta de huir, su refugio desde la adolescencia, cuando testigo de los dramas familiares prefería encerrarse en su pequeña habitación, elegir rápidamente un libro de la repisa y comenzar afanosamente a sumergirse en esa historia que era otra, que era nueva, que no era suya. Luego, Karla llegaba con un muffin de la panadería de la esquina y todo volvía a la normalidad. Ella le criticaba que no entendiera,

Marcela, que ella era como Electra, obsesionada con su padre.

Tomo una pausa justo en este momento, me hago un café con un par de cucharaditas de crema, y recuerdo que en ese departamento, antes de Marcela y Karla, e incluso antes de los ancianos, vivieron dos hermanas, herederas de lo que había sido el hogar familiar en donde ambas se habían criado, o sea, ambas junto al hermano, solo que él había hecho su vida en otra ciudad, y desde la muerte de los padres solo las visitaba ocasionalmente. Eso por allá a mediados de los años cincuenta, quizá antes. Primero falleció el padre, por un accidente cerebro vascular, el proceso fue rápido, quien se fue diluyendo lenta y dolorosamente fue la madre, pues padeció de un cáncer que la mantuvo en cama por meses, al cuidado de la hermana mayor, quien había retornado a la casa tras irse, mejor dicho, arrancar con sus hijos de la casa matrimonial, en donde ya no aguantaba más malos tratos. Quizá fue la costumbre a la dureza y el contacto carente de afecto, que el cuidado de la madre más que un acto de amor, se había convertido en un acto de sacrificio que la mantenía constantemente al borde de un ataque de nervios. En más de una ocasión, su hermana menor, quien no se había casado y había dedicado sus años a trabajar en una tienda, al llegar a la casa, había encontrado a su hermana mayor mirando a su madre dormir pesadamente, con una expresión que rozaba el desprecio. La madre murió meses después, y en la casa se quedaron las dos hermanas, la me-

nor, en la pieza que había compartido con la madre; la mayor, en una pequeña habitación que apenas tenía una cama y un velador, mientras que en la tercera habitación, los hijos de ésta, compartiendo el espacio entre un camarote, un clóset y la televisión siempre encendida en un eterno zapping que llenaba el espacio de un ruido que simulaba vida. Ninguno de los tres se sentía en casa, se sentían allegados, invitados de piedra de la tía, quien constantemente les recordaba que esa no era su casa, y con estricto rigor mantenía reglas inquebrantables. El silencio era su primera norma, nada de risa ni menos aún malas palabras. Cuando el primero terminó de estudiar, emigró prontamente siguiendo una carrera militar en un pueblo perdido del norte. Le siguió el segundo, quien cortó todo lazo con la familia apenas su polola quedó embarazada y se fue a vivir a casa de sus suegros. La menor, tras cumplir dieciocho decidió irse a vivir con el padre, a pesar de lo vivido en la niñez, pues no soportaba que su tía la quisiera casar con uno de los hijos de una compañera del trabajo a pesar de ser lesbiana. Así, crónica de una muerte anunciada la casa fue quedando vacía. Casa que no era casa, sino departamento. Casa que era un hogar ajeno y del que todos parecían querer huir.

Tiempo después, tras una cirugía fallida posterior al diagnóstico de cáncer, la mayor quedó completamente postrada. Mientras, la mayor trabajaba de lunes a domingo en la tienda, apenas tenía un día libre. Horarios extensos la fueron llenando de ansiedad y preocupación.

Fue viendo noche a noche, al pasar a ver a su hermana a la pieza, cómo su piel antes lozana, cómo sus mejillas antes luminosas, ahora parecían pálidas, amarillentas. Los kilos que ella fue bajando día a día ella los ganaba. En breve tiempo los cuerpos de ambas se habían transformado al punto de ser irreconocibles para el hijo mayor, quien vino de visita desde el norte, y notó apenas entró, que la casa que no era casa parecía haberse detenido en el tiempo. Bolsas de basura por doquier, comida podrida en la mesa, polvo en los muebles, luces apagadas. El paso del tiempo había hecho lo suyo en las cortinas que ni siquiera eran amarillas, sino café, cuando otrora habían sido blancos visillos. La madre escuchando la radio, ida, mirando el horizonte a través de una pequeña ventana junto a su cama. En los huesos. El hijo notó cómo los huesos le sobresalían de las mejillas, los hombros, los codos, las manos, cómo la piel se le pegaba en los huesos y los ojos se le volvían cristalinos sobre el verdor ahora opaco. Cuando la tía llegó, vio el otro lado de la moneda, ella nunca había sido delgada, pero ahora no la reconocía en esa cara regordeta, ese cuerpo hinchado que trataba de ocultar bajo un abrigo que explotaba en el único botón que apenas lo graba con sumo esfuerzo, juntar ambas partes.

El funeral fue sencillo, en una pequeña capilla de Recoleta. Solo asistieron los familiares más cercanos, ni siquiera todos los hijos fueron avisados. El mayor se hizo cargo de los gastos funerarios, mientras que su media hermana, a quien no veía hacía muchos años, intentó cum-

plir con acompañar a su madre en sus últimos momentos, pese al dolor de lo vivido en la infancia y la falta que ella le había hecho al no haberla criado. La casa que no era casa fue quedando vacía, deshabitada. Ahora la única que la ocupaba era la tía, quien dejó de trabajar, y decidió enclaustrarse en esas paredes en donde había vivido siempre.

En completo silencio. Sola. Sin recibir visitas. Así se quedaron las paredes, los espacios, y ella, quien apenas salía a lo esencial cada cierto tiempo. Comenzó a envejecer junto con ella. Casi como un homenaje póstumo al vía crucis de su hermana, dejó de comer, quizá coincidió con la falta de dinero, quizá con las pocas fuerzas para salir, y las nulas ganas de continuar sin su hermana, sin su madre, sin su padre, quienes estaban en cada pared, cada adorno y fotografía. Los muebles eran testigos de aquella otra época en donde todos vivían en esa casa que había sido un hogar, pero que ya no lo era, le pertenecía, había logrado que su hermana y su hermano le cedieran las partes que les correspondían a ellos. Ella siempre quiso quedarse con la casa. Era lo único que había importado. Se había esforzado en que nada perturbara esa casa que le recordaba la infancia junto a sus hermanos y sus padres. El recuerdo lejano de algo cercano a la felicidad. Pero la casa se fue volviendo cada vez más amplia, más solitaria y más oscura. Era suya, pero sentía que no le pertenecía, que era de sus muertos, que ellos eran quienes realmente vivían ahí, en cada espacio y recoveco, en la pintura vieja y las corti-

nas apolilladas. El espejo sucio ahora le devolvía la imagen de su hermana en sus últimos días. Las paredes oscuras y silenciosas no albergaban conversaciones ni risas, solo el sopor de los días que parecían no terminar. Sentía que solo podría habitar la casa cuando estuviera en ella como su hermana y sus padres ahora estaban.

Karla, no me gustan esos muebles. Pero los hizo el papá. No me importa, no me gustan, hacen que el depto se oscurezca, que se vea más viejo todavía, por último de un color más alegre; me deprimen. Marcela, si el papá viene y no los ve o los ve distintos se va a sentir mal. Siempre es lo mismo, siempre es lo mismo contigo. Lo que puedes hacer es comprar unos adornos lindos, y pintar cuadros, hace tanto que no lo haces. No se trata de eso, se trata de que cuando esté aquí y ahí me voy a acordar de esto, de tu papá, que es tú padre, no mío, que siempre está aquí. Pero Marcela, si él no viene tan seguido. No se trata de eso Karla, ay! no entiendes.

Siempre es lo mismo con ella. Lo único que me agrada de que vaya todas las tardes a tomar once con el señor es tener tiempo para leer a solas, sin ella ahí, espiándome silenciosa, sin escuchar los dedos en su teclado e intentando arreglar el mundo sin darse cuenta del suyo propio. Soñaba con que formáramos una familia. Lo que tenemos no es una familia. Nadie sabe que no somos solo amigas, nadie en su trabajo lo sabe. Ni siquiera somos solo ambas. La comparto, con su padre por las tardes y los fines de semana, con su trabajo de ocho a seis y

luego en la noche cuando se queda hasta tarde en el computador y escucho su incesante teclado. Odio su teclado. Su escritura no es escritura. Solo anota palabras. No escribe. Y yo, mientras, en la otra pieza, con la página en blanco frente a mí, un horizonte cuadrado huidobriano, blanco como la nada, blanco como las canas que me están saliendo y que me niego a teñir. No quiero seguir contaminando mi débil cuerpo con químicos. Ya suficiente con los medicamentos. Suficiente con la incomodidad que siento. Incomodidad. Esa palabra parece un *leitmotiv* hace rato. Podría decir que crecí en la incomodidad, habito incómoda este cuerpo imperfecto y contaminado, esa es mi realidad, una que me aplasta. Me puse muy existencialista, recuerdo las clases en la U cuando veíamos a Camus y la célebre frase de Heidegger “ser para la muerte, ser para el dolor”. Desde que llegamos aquí he sentido que esas palabras han adquirido mayor sentido. Cuánto dolor. Desde el sentencioso resultado del examen, poco tiempo me queda para leer y escribir. Y Karla, va y viene sin importarle que yo esté aquí, de aquí para allá entre las habitaciones, tratando de alumbrar este espacio con un poco de música, de colores - no le gustó la pintura que hice para el living - y de libros - tampoco le gustó el collage de cabezas de autores que hice y colgué en la pared más grande del comedor. Soy yo la que está todo el día acá, ella se va, y a lo más solo se queda en la pieza en su computador. Soy yo la que trata de habitar este departamento que para ella parece solo un lugar de paso.

Si bien Marcela había llegado al depto con la ilusión de formar un hogar junto a Karla y compartir con ella lo mejor de sus vidas, al fin, sin ocultarse. La realidad había ensombrecido esos anhelos desde el primer día. Aunque una de las razones de vivir ahí había sido la cercanía con su suegro, también la conectividad y el hecho de que a pocas cuadras estaba una plaza a la cual iban ambas en su época escolar, cuando habían comenzado a pololear sin que nadie lo supiera. En su interior, Marcela sentía que vivir cerca de esa plaza las haría retornar a ese tiempo de ilusión y pasión que parecía tan lejano ya. Pero hasta ahora, apenas habían ido a caminar allá una sola vez, y de paso cuando fueron al supermercado. La única salida semanal que tenían era su paseo al supermercado, en donde Karla aprovechaba de revisar su celular tranquila sin sentir que Marcela la vigilaba, pues ella estaba afanosamente revisando la lista de cosas por comprar, y elegía meticulosamente los artículos. Ella, estaba conciente de aquello, pero prefería eso que ir sola y cargar los bultos. Ya lo había hecho un par de veces y había quedado exhausta, no quería volver a eso.

Su sistema inmune comenzó a decaer, y comenzaron los síntomas de otros diagnósticos derivados. Su dolorido cuerpo fue debilitándose con el paso de los meses. A eso se sumaron idas constantes a la urgencia, si bien tomaba sus dosis con riguroso control, algo parecía siempre fallar cuando la esperanza apenas arribaba. Cuánto alivio sintió cuando al fin el médico le

sentenció dio la sentencia. La enfermedad llevaba tiempo anidándose. Para muchas puede ser un diagnóstico catastrófico, para Marcela era una noticia que le devolvía el alma al cuerpo, porque le dio un sentido a todo lo que había padecido largo tiempo, silenciosamente, y que los últimos había empeorado al punto de dejarla días completos sin poder siquiera levantarse de la cama. Anemia y depresión son una mala combinación. Karla sentía el peso de sus padecimientos. Ella era quien le cocinaba. Subía y bajaba las escaleras diariamente en búsqueda de comida y remedios. Marcela se resistía a que su suegro viniera a cuidarla, hasta que ya no pudo resistirlo más y lo tuvo ahí durante semanas, cuidándola. Ella sabía que en los ojos del señor había un resentimiento oculto hacia ella, porque por culpa de ella su hija no le había dado nietos, y por su estado era muy probable que eso nunca ocurriría. Adoptar no era una opción para él. Karla solo veía los actos de servicio que su padre se esmeraba en manifestar, no veía cómo su padre miraba a Marcela cada vez que le llevaba la bandeja con la comida a la cama. Cuando finalmente pudo levantarse y el dolor le dio un tregua, le exigió a Karla que le pidiera a su padre que ya no volviera. Fue una pequeña batalla ganada verlo irse esa tarde. Cuando por fin Marcela se sentía con más fuerza y sus pensamientos la liberaban de la prisión de las nubes negras que la invadían con ideas suicidas, era Karla ahora quien se enfermaba. Gripe tras gripe. Lumbago tras lumbago. Gripes y lumbagos se iban sucediendo en la vida de Karla co-

mo casos sin resolver que ella pretendía mantener bajo control con analgésicos y antiinflamatorios. Se había negado al tratamiento, no quería vivir sin Marcela. Apenas habían superado ambas los cuarenta años, pero sus cuerpos parecían cargar con padecimientos acumulados durante décadas.

Marcela prefería tener a Karla ahí en casa todo el día durante sus licencias médicas, que verla subir las escaleras aguantándose el dolor de espalda, de piernas. Pese a todo, compartir el espacio con ella le era algo natural, cotidiano, lo había hecho durante más de la mitad de su vida. Ella era la única persona en su vida. Viajar a Italia. Habían soñado viajar a Italia de luna de miel. Pero a Karla apenas si le dieron el día libre cuando firmaron el acuerdo; luego, ninguna de las dos estaba en condiciones de poder viajar tantas horas en un avión. Su espalda no lo resistiría, casi queda inmóvil cuando viajaron a Puerto Montt en bus a visitar al hermano de Marcela y su nuevo sobrino. Ni ella lo resistiría, se sentía asfixiada con la sola idea de viajar en un bus, e incluso evitaba andar en metro por el gentío, sin contar que odiaba los baños públicos por el espacio reducido y la suciedad inherente y amenazadora. Por ello, se había conformado con ese viaje a Puerto Montt que haría las veces de luna de miel. Pero fue un desastre y retornaron al depto más cansadas, más enfermas y más distanciadas de lo que hubiesen imaginado. Apenas con un par de meses de casadas, tras haber compartido el sueño por casi dos décadas, decidieron separar habitacio-

nes. Habitar el mismo espacio se les hacía imposible. Solo las crisis de cada quien parecían unirlos y recordarles que alguna vez se habían amado con una fuerza y una pasión arrebatadora. Del depto a la clínica. De la clínica al depto. Los paseos al supermercado ya eran ocasionales. Las compras por delivery habían hecho innecesario el sacrificio. El esfuerzo de bajar y subir de ambas. De caminar en silencio, de convertir la rutina en trámite. El esfuerzo de hacer como que todo estaba bien, que todo era normal, que eran felices. Solo en la clínica Marcela llegaba a sentirse amada y cuidada por Karla, solo ahí, en la sala de espera o en las horas de observación dentro de la habitación, conectada a tubos y máquinas, se sentía la única en su vida. A su vez, solo ahí, cuando ella la acompañaba en sus idas y venidas del médico, Karla sentía que ella aun la amaba, porque a pesar de sus dolores, caminaba a su lado y se desvivía por atenderla, hasta que su padre aparecía y ocupaba su lugar.

Cuando murió, la casa que no era casa, que era departamento, y que había intentado por momentos ser un hogar, fue puesta a la venta. Estaba ahí, esperando, esperando a quien quisiera habitarla.



# **CRÓNICAS**



# DE MAIPÚ CON DOLOR

**AUTOR:** Juan Emilio Herrera González, es periodista de la Pontificia Universidad Católica. Autor de aforismos. En 2025 publicó *Ojo con el oculista*. Residente de Maipú durante Más de 50 años. Vicepresidente del Círculo de Periodistas, Santiago.

Desde las colinas de Maipú, soplaron vientos de libertad –en una mañana de abril de 1818...Y desde aquí salieron noticias de independencia y dignidad para la patria, después de aquella batalla decisiva.

Hoy –sin embargo– no hay buenas noticias que contar desde estas tierras.

Porque hemos visto, con dolor e incredulidad, cómo la autoridad municipal de esta populosa área urbana –en una carrera sin freno y haciendo uso de una fuerza implacable– ha arrasado con parques y valiosas áreas verdes vecinales que han sido, por décadas, patrimonio y orgullo de la comunidad. El ejemplo más reciente y dramático de ello –por cierto jamás visto en la historia de Maipú– es el caso del Parque Cuatro Álamos.

Lo ocurrido allí es una historia de lágrimas, humillación e impotencia vecinal. De soberbia e indolencia política, de egolatría. Y es también una historia de sueños truncados. Es la historia de un parque cuyo origen estuvo en los propios vecinos, en su amor por la naturaleza. Ellos, hace ya varias décadas, empezaron a plantar árboles en un sitio fiscal vacío ubicado frente a sus viviendas. Año tras año, fueron regando, cuidando y poniéndole nombre a cada árbol. Lo hicieron con un cariño y dedicación que se iba traspasando a hijos y nietos.

"Cuatro Álamos" se transformó en el patio de juegos de los niños y el lugar de esparcimiento de los abuelos –que bajo la sombra de los árbo-

les jugaban dominó– y en el punto de reunión social, conversación y pololeo de los jóvenes, el área verde que mejoraba el aire del barrio, y el parque donde los días domingo se reunían las familias a compartir un picnic o celebrar un cumpleaños.

Pero un día el jefe comunal decidió que "Cuatro Álamos" –al igual que otros parques– debía ser destruido. ¿Qué se argumentaba para ello? La necesidad de construir allí un colegio. Pero el propulsor de la idea jamás quiso dialogar con los vecinos, ni escuchar propuestas alternativas para construir el establecimiento en un terreno municipal adyacente, inutilizado, plenamente disponible, y más apto para ese propósito por encontrarse junto a una comunidad escolar.

Entonces, de manera sorpresiva, ordenó un amplio operativo policial en que fuerzas especiales de Carabineros irrumpieron en el parque y desalojaron violentamente a los pobladores que hacían guardia para proteger el parque, arrojando al suelo a ancianos, mujeres y niños, y sacándolos a golpes del lugar, para que pudieran entrar las motosierras, las que en pocos minutos convirtieron el área en un campo desolado de ramas y troncos. En total, 120 añosos árboles nativos de muy diversas especies fueron destrozados, en medio de los gritos y el llanto de los vecinos. Como una ironía que habrá de quedar en la historia comunal, quien dio la orden para actuar de esta manera fue el mismo que –como candidato– proclamaba un lema que decía: "Lo mejor de Maipú es su gente."

"Nosotros plantamos los primeros arbolitos. Regábamos con baldes...mis hijos también regaban," recuerda la señora Teresa, vecina del lugar que había plantado aromos y pimientos. Y con lágrimas en los ojos contempla el sitio donde su trabajo de tantos años quedó reducido a escombros.

No soplan buenos vientos por estas colinas, ya que abunda el desencanto.

Hay una profunda decepción y angustia.

Hay impotencia. Y dolor.

*26 de mayo, 2004.*

# **AV. DEL FERROCARRIL CON AV. TRES PONIENTE**

**AUTOR:** Francisco Díaz Céspedes es profesor, investigador y escritor maipucino (de toda una vida).

No recuerdo bien la fecha exacta, sería en 1993 o 1994, cuando comencé a jugar “en la calle” con mis amigos. Tenía unos 7 u 8 años, en que una tarde un vecino de nombre Nicolás me invitó a jugar al “Telex” en el pasaje Osvaldo Muñoz Romero. A sorpresa mía, yo vivía en el mismo pasaje.

Simplemente, al saludar a los otros niños muy parecidos y diferentes a mí, sabía que se estaba abriendo un mundo nuevo. Era una de esas sensaciones incómodas, porque sabes que tienes que saludar a personas que no conoces, y debes sonreír, como si los conocieses. ¡Qué extraño! Nicolás dijo: “Chiquillos, él es el Pancho”. Todos comenzaron a presentarse, “Hola” me decía: Felipe, Gabriel, Rodrigo, Marco, Sebastián, Marcela y Macarena.

Comenzamos a jugar ese día de verano, donde no existía colegio, corría de aquí para allá y de allá para acá. A veces ganaba y otras veces perdía, más perdía que ganaba, pero lo intentaba. Luego jugábamos a las “quemaditas”, al “pillao”, a la “escondida”; hasta que ya daba las 20:00 hrs. o 21:00 hrs. Y se escuchaban los gritos y llamados de las madres: “Marce a entrarse”, “Panchito a tomar once”, y así sucesivamente uno a uno hasta que el pasaje quedó deshabitado.

Al otro día, al despertar, esperaba ese llamado de Nicolás para salir a jugar al pasaje; y siendo las 19:00 hrs., escuchaba un grito desde fuera de mi casa: “¡Pancho!”, se repetía 2

o 3 veces, y mi madre me decía: “Panchito, te buscan”. Efectivamente, era Nicolás en compañía de otros niños, algunos con bicicletas, otros con balones y otros niños nuevos que no conocía.

Todos me explicaron que debíamos jugar un “partío” con los del pasaje de atrás, que no podíamos perder, porque nuestro pasaje siempre ganaba. Yo sabía algo de fútbol; porque con mi papá (Rafael Díaz Vera), íbamos los domingos a “chutear” a la cancha de “Ferro” (Av. Del Ferrocarril). Él se colocaba en el arco y “chuteaba”, y el balón siempre salía para fuera o mi papá atajaba. Al colocarme al arco, y mi padre al “chutear”, el gol era inminente. Nunca pude entender porque mi papá decía: “No importa las veces que te hagan los goles, toma el balón con calma y vuelve al juego”.

Y ahí estábamos en el pasaje de atrás, 5 contra 5. Mi equipo: Felipe, Gabriel, Rodrigo, Nicolás y yo. EL equipo rival: Sebastián, Christopher, Harold, Pablo y Marco. El “partido de Pasaje” inició, no entendía absolutamente nada de lo que estaba pasando, todos eran muy rápido, el balón pasaba por sobre mí, y no lograba pegarle. Un desastre. Perdíamos por 2 o 3 goles de desventaja, por decisión y enojo del equipo me enviaron al arco, y mis compañeros lograron dar “vuelta el partido”. Jugador destacado: Rodrigo, quien tenía un talento único, era como si el balón fuese parte de él.

Desde aquel partido, comencé a jugar más y más, asumí que era el más débil del equipo. Pero, el cariño de mis amigos estuvo siempre.

Jamás en ese verano dejaron de ir a mi casa a gritar “Pancho” para que saliésemos a jugar a la calle; sea en carreras de patines, andar en bicicleta, o simplemente correr, porque otros niños nos perseguían. Ese tiempo fue el más mágico de mi vida, y estoy seguro que para mis amigos también.

Al pasar el tiempo, ya a la edad de unos 10 años, comenzamos a relacionarnos con otros vecinos de nuestra edad, y jugamos al baby-fútbol en las canchas de “Ferro”. Ahí conocí al: Diego, Gonzalo, Mario, “Celoni”, “Nico”, “Ale”, “Bengi”, “Felipe Grande”, “Guatón Gabriel”, entre otros. La cancha la compartíamos, hacíamos 3 equipos y al gol, entraba el equipo que estaba en la banca. Pasábamos horas jugando, desde las 10:00 hrs. hasta las 19:00 hrs, e incluso nuestros padres nos iban a buscar para ir a almorzar, o sencillamente no almorzábamos para seguir jugando. Partido tras partido, me iba volviendo mejor, nunca como Rodrigo, quien se destacaba por sus goles y por sus formas de cómo superar a los rivales.

Cada sábado, asistían los padres de algunos amigos, nos enseñaban a jugar, nos entrenaban y nos hablaban de lo importante que es la disciplina (asistencia, puntualidad y voluntad). Que el fútbol une; que el respeto al equipo contrario debe ser siempre; y que uno debe recordar al compañero que está al lado, atrás y adelante. Es decir, avanzar y retroceder como compañeros, y que esto se aplica para toda la vida. Jamás comprendí esto último, porque cuando hablaban de vida, yo entendía que

estamos vivos, porque Dios nos dio la vida. (Con los años aprendería el mensaje que nos entregaban nuestros vecinos. A nuestra fecha han muerto muchos de ellos).

Nos inscribimos en el equipo de baby-fútbol NACIONAL de Villa Los Héroes, hacíamos de local en la cancha de “Ferro”, habían categorías: 1°, 2° y 3°. jugábamos en 3°, y visitábamos domingo a domingo ñas canchas de otras villas, tales como: Villa Los Bosquinos, Villa Barahona, Villa Paraíso, Villa Arturo Prat, Villa Baquedano, y otras. Siempre sentado en la banca, porque aún no estaba a la altura de mis amigos para ser titular. Y cuando me colocaban al principio del 2° tiempo daba lo mejor de mí, y obedecía por completo las instrucciones del vecino que estaba de Director Técnico. Y por mandato tenía que ser el mejor defensa, no dejar pasar al delantero rival, quitarle el balón, y despejar. Domingo a domingo, me volvía tan hábil en esto, que pronto me volví el mejor defensa, pero no tenía calidad de juego para el ataque; por tanto, la banca seguía siendo un lugar especial para mí. En la banca, se ve “lo otro”, se observa mejor el juego; desde la banca se gana el partido, solo si sabes leer e interpretar el ritmo del juego.

Todo marchaba bien, la localidad de la cancha de “Ferro” era nuestro refugio, junto a un espacio maravilloso, con un tren que pasaba por las tardes, con las famosas guerras de “poroterías”, con los infinitos volantines elevados en septiembre, con la particularidad de que las “micros amarillas” (380-381-232) siempre

paraban, a pesar de que éramos estudiantes, los vecinos que te cuidaban cuando sufrías un accidente, facilitándote el agua o con algún vehículo para movilizarte al hospital. Se respiraba paz, tranquilidad y seguridad; y no por la presencia de Carabineros, sino por la presencialidad de los vecinos. Realmente existía comunidad.

Entrando a los 14 o 15 años, comencé a darme cuenta, que ese espacio se estaba deteriorando, personas ajenas a la comunidad botaba basura; por las noches jóvenes de otros lugares se drogaban; las micros amarillas ya no paraban a los usuarios (sin importar la edad); se instalarían rucos en el canal Santa Marta; los trenes dejaron de pasar en el día, y solo viajaban por la noche; al descender los trabajadores de la locomoción, unas bandas de nombres: “AM”, “PM”, “Los Regüeltos”, “Los Jockers” y otras los asaltaban en el cruce Av. Del Ferrocarril con Av. Tres Poniente; en la cancha de “Ferro” se estacionaban vehículos de extraña procedencia, y evitábamos jugar, porque algo “malo” nos podía pasar (ese era el mandato de nuestros padres). Todo un caos que no lograba comprender. No sabía por qué pasaba.

Un día, unas niñas nos invitaron a una fiesta, porque la anfitriona se graduaba de 8° Año Básico. Asistimos con nuestro mejor vestuario, de perfume y mirada elegante. Al llegar a la casa, a una cuadra de las canchas de “Ferro” había tantas personas, muchos mayores sobre los 17 años, que no se podía ingresar.

Ella salió a darnos la bienvenida, y le saludamos. Nos presentó un amigo que cargaba en su mano un cigarro extraño (papel doblado, como viejo). Él nos dijo: “¿Cómo están?”, “¿quieren tomar?”. Mencioné: ¡No gracias! Unos amigos siguieron conversando con él. Por nuestra parte, nos alejamos con mi amigo el Caturro. Con el Caturro hablábamos del viaje que íbamos a realizar en Córdoba (Argentina) en enero de 2001, y que ganarles a los cordobeses era casi imposible. En ese mismo instante, se acercaron los amigos, tanto los viejos como los nuevos; y uno de los nuevos, dijo: “¿Quieren fumar marihuana?”. Nosotros les respondimos: ¡No gracias! Un amigo dijo: “¡Sí!”, y otros se les sumarían. Al saber de lo que se estaba consumiendo, con mi amigo Caturro decidimos caminar en dirección a nuestras casas. Él y yo sabíamos que eso era malo. Mientras caminábamos, sentíamos las mofas de nuestros amigos de años. Y supimos que ese hecho marcaría un antes y un después en nuestras relaciones, nos distanciaríamos casi por completo.

Con el pasar del tiempo, Av. Del Ferrocarril con Av. Tres Poniente se volvió más peligroso que nunca. A la hora que tú salías a la calle, o te asaltaban o te ofrecían droga. Muchos hechos ocurrieron en esa avenida, recuerdo que: encontraron descuartizada a una persona por tráfico de drogas, se descarriló el tren por mal mantenimiento de las vías, se inundaba el canal Santa Marta considerablemente, asaltaban constantes a los vecinos; peleas entre

amigos por motivo de consumo de drogas; un basural que crecía y crecía sin límites; las canchas de “Ferro” no se utilizaban, y llegaban los “caneros” a realizar sus fiestas (amigos borrachos y drogados que vivían prácticamente cada fin de semana en la comisaría); vecinos que vendieron sus casas muy baratas para domiciliarse lejos de este lugar. Todo un caos que sí lograba comprender. Y en esta oportunidad, sabía muy bien lo que estaba pasando. La droga había traído un sistema muy complejo de sobrevivir; y nuestra comunidad no estaba preparada para enfrentarla.

Así, entre los años 2001 y 2010 veía a larga distancia —y con nostalgia— los buenos momentos vivenciados en Av. Del Ferrocarril con Av. Tres Poniente, ya no estábamos jugando, corriendo y riendo; al contrario, observaba desolación y abandono. Cada día que transcurría, era como un mero punto de partida, asistir al colegio y de vuelta a casa, asistir a la universidad y de vuelta a casa. Una y que otra ocasión gritaban: “¡Pancho!” para ir a jugar al baby-fútbol en las canchas de “Ferro”. Los vecinos se guardaban en sus casas, como si en las calles y pasajes viviese el mismo satanás. Sin embargo, vivían sus propios hijos (no todos) en el consumo de marihuana, pasta base, cocaína y otros tantos químicos que ingresaban a las cabezas de hijos de muy buenas familias (trabajadoras, generosas y honestas). Como hobby, comencé a escribir, y mi primer poemario tenía por nombre *Imágenes Reflexivas* (publicado en el año 2007, hoy se encuentra a

disposición de ser solicitado a préstamo en la Biblioteca de Santiago). En él quise expresar - mediante poemas- una imagen de lo que estábamos experimentando en aquellos años. El más hermoso de los poemas, que refleja mejor esta época tiene por nombre: “Una estrella perdida”; escrito dedicado a un amigo de la infancia, que por su genialidad con el balón, pudo haber sido el mejor profesional de fútbol que haya conocido Maipú. Como él, no conocería jamás; era un modelo tipo Maradona. En un principio, innumerable fueron las burlas por escribir dicho poema a un amigo. Hoy, me dicen esos mismos amigos. Es muy bueno que nuestra Villa tenga un escritor como tú, nos entregas dignidad Pancho. Esas “cosas” curiosas de la vida, que solo Dios entiende, y nosotros intentamos de comprender.

Pasarían los meses del año 2011, y un profesor de universidad me preguntó: “Estimado, tiene cara de triste, ¿qué le pasa?”. Y le dije: “Sabe profesor, el contenido de su clase me tocó profundo, puesto que hizo mención que: ‘La organización de las personas frente a una problemática común siempre es unida. Está en la naturaleza del ser humano’. Y lo que argumenta es correcto, pero nosotros hemos perdido, como vecinos, aquella unión, y la droga y su sistema está inserto”. Entonces el profesor me dijo: “Y bueno, ¿qué espera para organizarla, y erradicar el problema?”.

Ya en el Transantiago (506), de vuelta al hogar, pensé en dialogar con la Junta de Vecinos. Tenía miedo de no ser escuchado, pero

al menos lo intentaría. Recuerdo que en la ciudad de La Plata (Argentina) me habían enseñado que: “A los ríos hay que darle carne y leche, para que crezcan tanto, y puedan romper los puentes”. Esa metáfora *platense*, me la narró un modesto y anciano hincha de Club de Gimnasia y Esgrima de La Plata.

Me dirigí a la Junta de Vecinos, les expliqué que debemos organizarnos para combatir la drogadicción y la delincuencia mediante la presencialidad del espacio público. En nuestro caso, de Av. Del Ferrocarril con Av. Tres Poniente. Si como vecinos limpiamos el basural y la maleza, si lo regamos, si plantamos árboles, si mejoramos la cancha de “Ferro”, y participamos en jornadas de picnic familiar y vecinal por las tardes y por las noches; la luz hará desaparecer a los que viven en la oscuridad. Sin “querer queriendo” los directivos de la Junta de Vecinos habían pensado hace mucho tiempo aquella medida. Se convocó de carácter urgente a los vecinos a la asamblea.

Sería un sábado en la tarde, en el mes de diciembre, en que dicha reunión asistieron niños, jóvenes, adultos y ancianos; porque ellos sabían muy bien que el tema a tratar era delicado. Se presentaron diferentes propuestas, y por votación unánime se decidió limpiar el espacio, y estar a cargo de él, de Av. Del Ferrocarril con Av. Tres Poniente, y las canchas de “Ferro”. 18 jóvenes (entre 17 y 25 años) se comprometieron a asistir al otro día a las 08:00 hrs. a cumplir con lo dictaminado por la asamblea. Cada joven debía asistir con chuzo,

una pala y una bolsa negra grande de basura. Al finalizar la reunión, conversé con los jóvenes para conocerlos y felicitarlos por apoyar la decisión de los vecinos. Ellos me invitaron a un “carrete”, que se realizaría en la casa de uno de ellos, en el pasaje Carlos Santana; lo cual asistí con agrado. Pero antes, recopilé las herramientas solicitados para la limpieza. Al ingresar a la casa, prácticamente no conocía a nadie, no obstante, todos estábamos contentos de que al otro día, a las 08:00 hrs. cumpliríamos con el hito más esperado por los vecinos. En rigor, éramos la primera línea. Todo un orgullo. Botella que se abría, botella que se tomaban. Por mi parte, estuve con un vaso con cerveza desde las 22:00 hrs. hasta las 24:00 hrs. Me despedí, y les dije: “Muchachos, ¡Nos vemos en un “ratito” más!”.

Al otro día, ahí estaba parado a las 07:50 hrs. en Av. Del Ferrocarril con Av. Tres Poniente, con mi chuzo, mi pala, y una bolsa negra grande de basura. Pensaba por donde iba a iniciar. Y dije: “¡Por el inicio!”. Recogía botellas de cerveza, latas, plásticos, y cuanta cosa. Eran las 09:00 hrs., las 10:00 hrs., las 11:00 hrs., y no llegaba nadie. Fue desmotivante realmente, y pensaba: “Como en una reunión de más de 100 personas, al menos uno más asistiera”. Cuando de pronto, se acercó un joven de unos 14 o 15 años, y me dijo: “¡Vecino, lo ayudo!”. Miré al cielo, y dije: “¡Gracias Dios!”.

“Chuto” le decían, no sé por qué. Y solo dijo: dígame “Chuto”. Volvió a preguntar: “¿Vecino qué hago?” Le dije dos cosas: “1. Consiguete

más bolsas de basura y guantes; y 2. Si tienes una cámara de video, tráela y hagamos historia juntos”. Pasó 30 o 40 minutos, Y dije: “¡Este ‘cabro’ me abandonó!”. A la hora, “Chuto” llegó a mi persona, y trajo: “n” bolsas, 10 palmeras y 10 pinos para plantar, una cámara de video, unas vecinas, y los jóvenes que se habían comprometido a limpiar. Le pregunté al “Chuto”: “¿Cómo lo hiciste?” Me respondió: “Fui a buscar uno por uno, y les dije que estaba un programa de la televisión en vivo en Av. Del Ferrocarril con Av. Tres Poniente”. Reímos. El poder de la televisión nunca falla. Para desgracia de los vecinos y jóvenes no había ningún canal de televisión, solo trabajo voluntario.

Con “Chuto” limpiamos la mitad del espacio, la otra mitad lo limpiaron los vecinos. Plantamos 4 palmeras y 4 pinos. “Chuto” grababa todo, hasta lo que se moviese, le dije que me grabará, que necesitaba decir unas palabras, de lo que estábamos logrando como vecinos, y de lo que proyectábamos. En un principio fue difícil, porque hablas en primera persona, solicitando la opinión de las personas, y mostrando en detalle la acción que efectuaba cada joven y vecino.

Al finalizar el día, tipo 20:00 hrs., un vecino que pertenecía a la Compañía de Bomberos, trajo el carro de bomba, regó absolutamente todo. Y las vecinas que vivían en Av. Del Ferrocarril se comprometieron que día a día iban a aportar con mangueras y agua para regar el “parque”. Simplemente no lo creía, me

emocioné, pensé que sería imposible. Pasaron algunos días, y supe que la mamá del “Chuto” presentó el video a las autoridades locales. No sé cómo, pero a los dos meses posteriores al hito de la limpieza, se inició la construcción de la Plaza Del Ferrocarril, y la mantención de las canchas de “Ferro”. Todo un éxito.

Con el pasar de los meses y los años, la cancha de “Ferro” y la Plaza Del Ferrocarril se mantendrían gracias a la preocupación por parte de la Municipalidad de Maipú. No obstante, a la fecha, ya no existen drogadictos; uno que otro asalto, particularmente, después de las 23:00 hrs. Pero, tengo la convicción que si los vecinos se logran unir, y viven su vida más en el espacio público, todo esto desaparecerá de una vez. Mas, la opción que han tomado, ha sido cerrar los pasajes con portones de reja.

Nunca más vi al “Chuto”, apareció de la nada y lo hizo todo; lo último que supe de él, es que su madre y su padre habían muerto. Espero que se encuentre muy bien, y este escrito es un reconocimiento a él.

Finalmente, a mis amigos de infancia, siempre les digo un “¡Hola!” (con un fuerte abrazo) al encontrarnos en la calle o en el pasaje. También les escribo por las redes sociales. Algunos, lamentablemente, fueron consumidos por las drogas o están presos, otros se volvieron excelentes padres y profesionales. Su recuerdo es vida, cuando voy con mi sobrino a jugar a las canchas de “Ferro” a “chutear”. Hoy siendo una persona de 39 años me regocijo

un montón, cuando nos comunicamos y concretamos un partido de baby-fútbol. Corremos, nos reímos de esas “tallas” de infancia. Como los niños que éramos, y como los niños crecidos que seguimos siendo.

De igual manera, caminar por Av. Del Ferrocarril con Av. Tres Poniente es terapia, es nostalgia y es felicidad, por lo que hicimos. Espero que jamás desaparezca lo que hemos convivido, y estoy seguro de que, con este escrito, todo se ha inmortalizado.

Infinitos besos y abrazos a esos amigos y vecinos que tanto me han dado.

# LA LEYENDA DEL TREN FANTASMA EN MAIPÚ

**AUTOR:** Michael Rivera Marín se destaca por rescatar el patrimonio cultural de distintos lugares de Chile con historias juveniles con tintes macabros.

Actualmente se encuentra publicando una serie de textos para el proyecto Maipú Patrimonio Presente.

Sitio web: <https://michaelrivera.cl/>

¿Han escuchado el pitazo de un tren a mitad de la noche? ¿O el sonido de las ruedas marcando su ritmo poderoso sobre los rieles? Algunos aseguran que se trata del eco de un tren fantasma, recuerdo de aquellos años en que los trenes cruzaban Maipú conectando el centro con la playa.

Yo soy uno de esos niños que, a mediados de los noventa, se metían bajo los durmientes del puente Santa Marta mientras el tren pasaba sobre nuestras cabezas. Siempre me fascinó su paso: el temblor del suelo, el ruido metálico, la sensación de peligro. Por eso, años después, escribí una novela de terror juvenil llamada *Fune-ral en rieles*, una historia lovecraftiana que reinventa Maipú como escenario sobrenatural. Pero en esa ficción el tren era apenas una sombra, un símbolo. Esta crónica busca saldar esa deuda, porque la realidad —siempre más brutal que la imaginación— nos recuerda que una mañana de verano de 1956, un choque de trenes cambió la historia de nuestra comuna.

El 14 de febrero de 1956, un tren excursionista salió de la Estación Central con destino a Cartagena. Sus últimos vagones eran de madera, pues correspondían a la tercera clase. Doce minutos después, un segundo tren partió rumbo al mismo destino. El primero se había detenido en el sector de Cerrillos, en lo que hoy es Avenida Salvador Allende con Las Torres, por una falla mecánica. El segundo convoy, al superar la curva que venía desde el Zanjón de la

Aguada hacia Maipú, no pudo frenar: impactó con violencia el tren detenido. Las crónicas de la época cuentan que el estruendo se oyó hasta la plaza de Maipú.

El resultado fue devastador: 23 personas murieron y 198 resultaron heridas. Los vagones de madera quedaron reducidos a astillas, atrapando a pasajeros y familias enteras. El rescate fue inmediato, pero precario. Vecinos, carabineros, bomberos y voluntarias de la Cruz Roja se lanzaron al lugar sin esperar instrucciones. Entre ellas —según relata Raúl Garrido Sotomayor en *Maipú y sus Bomberos: 70 años de historia*— estaba la madre del propio autor, quien participó en el rescate de heridos y en el traslado de cuerpos hacia los hospitales de Santiago. Aquellos valiosos testimonios dan cuenta del horror y la confusión: los gritos, el humo, el calor del metal y las manos desnudas intentando liberar a los atrapados.

El texto consigna que el Cuerpo de Bomberos de Maipú, junto a voluntarios de Cerrillos y de la Cruz Roja, trabajó todo el día entre campos y zanjas, guiados apenas por linternas y faroles de aceite. “Los voluntarios se turnaban para cargar cuerpos y trasladar heridos; las ambulancias no daban abasto”, recuerda Garrido. Muchos de esos rescatistas improvisados fueron mujeres del sector, que ofrecieron frazadas, agua y consuelo. La escena quedó grabada en la memoria de quienes vivieron aquellos años: una tragedia humana que unió a toda una comuna en el dolor.

Con el tiempo, los maipucinos comenzaron a asociar aquel accidente con un fenómeno extraño: un silbido lejano, metálico, que se escucha por las noches en el sector de la exFISA y que parece venir de ninguna parte. Nadie lo ve, pero todos saben que está ahí. Así nació la leyenda del tren fantasma de Maipú, ese convoy invisible que aún recorre la comuna arrastrando su pena. Quizás sean las almas de quienes nunca llegaron a destino... o quizá —quiero creerlo— sean esas mismas almas las que nos cuidaron a nosotros, los niños temerarios que jugábamos bajo el puente mientras el tren pasaba sobre nuestras cabezas.

Para finalizar, no puedo dejar de mencionar que, en un par de años, volveremos a escuchar el tren de pasajeros cruzando Maipú. Ya se observan las mejoras en la línea y la obra gruesa de algunas estaciones, junto al Parque Tres Poniente o frente a Ciudad Satélite. ¿Será que esta modernización hará desaparecer la creencia del tren fantasma... o la volverá más potente?

# MAIPÚ REDESCUBIERTO

**AUTOR:** Patricia Franco Müller, tres libros publicados, ex presidenta del Circulo Literario de Maipú. Vive en Maipú desde 1979.

Nos llevaron a las internas del colegio a ver la maqueta del futuro templo votivo para Maipú. Poco acostumbrada a ese estilo arquitectónico, lo encontré bastante feo, porque el modernismo me era desconocido. Nos explicaron que el autor era el mismo que construyó la Escuela de Leyes, ese edificio nuevo y lleno de columnas que veía al ir al cerro San Cristóbal. Me preguntaba para qué querían construir otra iglesia si ya tenían una y bastante apropiada. No, es que se trataba de una promesa que hizo el presidente O'Higgins a la Virgen del Carmen; si él ganaba al ejército realista en Maipú, le construiría una iglesia dedicada a ella. Me pareció muy poco serio el asunto. ¿Podía una persona chantajear a la virgen para que murieran más soldados enemigos? ¿Para qué podría interesarle una iglesia más? Y para colmo, ni siquiera a LA Virgen, sino a la del Carmen. ¿A cuál virgen se habría encomendado el otro ejército? ¿Cuántas había? Mi educación cristiana tuvo su primer sacudón.

Mientras vivía en el internado del entonces Colegio Experimental Santa Úrsula, tocaba trasladarse a diario al colegio de Santiago, que en ese entonces era muy pequeño y funcionaba en un espacio cedido por el monasterio de las monjas agustinas, en Vicuña Mackenna, donde se alzaba su bella iglesia.

Se hacía el viaje, combinando los dos caminos que conducían a Maipú, por la ancha carretera de Cerrillos o por la estrecha Avenida Paja-

ritos, camino bellamente arbolado, pero cuyo encanto terminaba al dejarse sentir una fétida emanación, justo a la entrada de la comuna. Se decía que tal problema estaba a punto de solucionarse.

Terminó el período del internado y cesó el contacto maipucino. Llegó el tiempo del trabajo y luego de varios cambios, tuve la oferta de una empresa ubicada justamente en esa lejana Maipú. Las perspectivas eran interesantes, pero la enorme distancia era un factor de importancia. Para colmo, la jornada se iniciaba ¡a las 8 de la mañana! Jamás había tenido un horario tan estricto. Lo pensé bien, porque ya había llegado a la edad en que es difícil conseguir trabajos, especialmente para una mujer. Ciertos detalles influyeron en la aceptación, aunque luego me di cuenta que no reflejaban para nada lo que parecían prometer: Hermosos y extensos jardines, atractivo diseño del edificio principal y un cuadro de Federico Assler en la sala de espera.

Comenzó una etapa con largos viajes otra vez. La relación con la comuna era escasa, sólo visitas a los bancos locales, en un trabajo que exigía horas extraordinarias, hasta hacer que la vida personal dejara de existir. Llegó el momento de reaccionar, dejar el pequeño departamento de Santiago y optar a una vivienda en Maipú que permitiera un mejor aprovechamiento del tiempo y mayor espacio para la familia. No había mucho donde elegir y tuve que instalarme en el lugar que correspondía a mis posibilidades. Desde la entrada de mi casa puedo ver a la distancia, la figura de un enorme guerrero anti-

guo sentado en el valle con armadura y yelmo, iluminado de noche y campaneando casi a toda hora. Con tanto camino recorrido, me he reconciliado con la obra de Juan Martínez.

Había vivido rodeada de tres parques, el Bustamante, Balmaceda y Forestal y aquí no existía nada semejante. Sin embargo, desde mi llegada hasta hoy, se han creado nuevas áreas verdes y hay más en camino.

Al llegar a la jubilación, llegó también el momento de conocer mejor a la comuna y sus habitantes. El primer descubrimiento fue encontrar la Biblioteca Municipal e irme olvidando de las de Santiago. No estaba muy bien provista al comienzo, pero ha ido creciendo y luego se sumó el Bibliometro. Hubo otros atractivos: talleres municipales de temas interesantes, como literatura, club de lectura, teatro. Más adelante se logró formar, con otros maipucinos, grupos literarios y también uno teatral.

Es cierto que en el día a día, se observa violencia: cada nueva mejora en el mobiliario urbano, es intervenida de inmediato, cuando no destruida, como los nuevos arbolitos colocados para contribuir al mejor aire, se incendian los basureros, se envenena a perros y gatos, fuegos artificiales o disparos se hacen escuchar en horas de madrugada. La droga muestra su presencia. Pero, como respuesta, hay mucha gente valiosa dispuesta a trabajar en pro de mayor educación y cultura para todos los habitantes, como la creación de centros culturales, bibliotecas barriales, huertos colectivos, ayuda a las personas necesitadas, etc.

La explanada del Templo Votivo es imponente, destacando la serie de columnas que la enmarcan, haciendo muy agradable caminar a lo largo de ellas, aprovechando la sombra que proyectan. Es uno de los pocos lugares donde se puede contemplar el cielo en toda su extensión. Podría decirse que faltan bancos, pero la gente se sienta en los amplios escalones. Durante un tiempo pude observar a uno de sus habitantes, sentado con aire majestuoso en ellos. Era un alaskan malamute, ya de la tercera edad. No siempre estaba solo, un joven pasaba a saludarlo con frecuencia y le conversaba, mientras el can parecía escuchar con interés. Ya pasó a decorar el oriente eterno perruno.

Comenzó una etapa creativa, compartiendo actividades con muchas personas interesantes, nacidas aquí o llegadas de otros puntos del país, hasta lograr sentirme una maipucina de verdad.

Fueron llegando personas de diferentes países, como haitianos, peruanos, chinos, ecuatorianos y otros, dando a las calles mayor vivacidad y colorido, creando nuevos locales de comida que apreciamos, mostrando costumbres diferentes.

Las personas antiguas del lugar añoran el pasado y recuerdan con nostalgia el antiguo pueblo y sus costumbres. Las comprendo, pero si comparamos todos los aspectos del cambio, sólo se puede apreciar que el presente es definitivamente mejor. Aún no hemos logrado obtener todo lo que un humano libre requiere, pero en eso trabajamos.



# PIZARREÑO: MEMORIA DE UN DIRIGENTE SINDICAL EN MAIPÚ

**AUTOR:** Manuel Villarroel Cerda. Nacido en Maipú, kinesiólogo y escritor de la biología distopía *Proyecto Nostalgia*. Mis padres fueron de los primeros en darme el impulso para concretar mis libros. Mi padre es uno de mis lectores que solía hacer referencias a mis personajes en ciertas situaciones.

Instagram: @mvillaroel316

**M**i suegro me logró conseguir trabajo en la empresa Pizarreño, uno entraba a trabajar por el deporte. “Después de dios, Pizarreño” era una frase que los viejos antiguos decían siempre. Eso nos daba facilidades, pues la misma empresa nos entregaba una casa acá en Maipú, comuna en la que viví desde ese tiempo hasta el día de mi fallecimiento en el año 2025, junto a mi señora esposa, Eva cerda Pérez, y mis hijos. Cabe mencionar que todo el tema de la asbestosis en la comuna lo viví desde los inicios y la pelea por lo mismo, reconocimiento de la enfermedad, sustitución de techos y hasta conferencias respecto al tema. Recuerdo cuando me preguntaron si había capacitaciones so información respecto a la asbestosis, pues nada de nada, sin información, solo “capacitaciones” de primeros auxilios muy básicos, la misma mutual hizo muchas veces la vista gorda hacia nosotros. Y nuestros hijos y nietos que, aún están en riesgo por los techos de asbesto fibrocemento. Esas planchas aun liberan asbesto. Esta enfermedad despierta 20, 30 o 40 años después de inhalar las fibras de asbesto. Solo espero que esta nunca despierte en mis hijos y nietos.

En pizarreño llegue a jugar por deportes pizarreño como arquero. Recuerdo el partido contra Colo-Colo en 1974. Nos ganaron obviamente, pero algo se pudo hacer para que no terminara en goleada. Como uno entraba por el deporte a la empresa, muchos de mis compañeros esperaban que sus hijos pudieran jugar a la pelota

para entrar a trabajar a pizarreño. “Primero dios, después pizarreño”. Siempre nos daban muchas prestaciones sociales, la casa que ya mencioné, vacaciones, etc. Pero la información y las prevenciones para no morir ni agonizar por la asbestosis, nunca.

Yo ya llevaba un tiempo siendo presidente del sindicato número uno de Pizarreño cuando pasó aquello que aún recuerdo y que he contado tantas veces, ya era 1980. No era solo un cargo; era una responsabilidad que se me metía en la piel. Representar a los trabajadores en esos años significaba caminar siempre al borde, sabiendo que cualquier palabra mal puesta podía volverse en contra. Aun así, seguía buscando derechos laborales dignos para mis compañeros, con la empresa siempre encima.

El día de la visita de Pinochet a la fábrica se sentía raro desde temprano. Yo estaba de vacaciones cuando me llamaron de emergencia. Resulta que el presidente del sindicato tenía que recibir y guiar al general dictador por la empresa. No había alternativa.

Todo estaba demasiado ordenado, demasiado limpio. Casualidades de ese día: si había algún problema en las máquinas o algo fuera de lugar, ya estaba “resuelto”. Los recorridos estaban calculados, las sonrisas ensayadas, y el ambiente se volvía cada vez más espeso. Caminaba con el resto esperando al “invitado de honor”, con esa sensación de que nada de lo que se veía era real.

Recuerdo su mirada fija en mis zapatos. Me habían advertido que los llevara perfectamente

lustrados, y efectivamente fue lo primero en lo que se fijó antes de estrecharme la mano y decir:

“Señor presidente” —refiriéndose a mí como presidente del sindicato— “comencemos el recorrido”.

Recorrimos los patios de la fábrica. Yo le explicaba cómo funcionaban, cómo se producía el fibrocemento. Tuvimos incluso una pequeña charla sobre el uso de cañerías de cobre y de plástico. Recuerdo que me dijo: “¿Y qué hago con el cobre, presidente?”. Yo solo respondí que era un tema que debía tratar el gobierno y los ministros, que ellos sabrían más que yo. Hasta ese momento, nada que decir respecto al trato con Pinochet: un hombre educado, militarmente hablando. Sus guardaespaldas daban más miedo que él. Pero en las formas, correcto.

En el casino se presentó ante la asamblea de trabajadores. Después de hablar, me dio la palabra. Supongo que, por el trato previo, pensó que estaría apoyándolo o algo así. Yo solo dije la verdad, la que veía tanto en la empresa como en el país.

Dije que en la empresa Pizarreño las cosas se solucionaban hablando, y que por eso veía las cosas difíciles al saber de leyes que solo se publicaban en el Diario Oficial, sin tener manera de hacer alcances ni propuestas para su elaboración. La verdad es que no lo pensé mucho; fue lo que me salió instintivamente. Uno, como presidente de un sindicato, siempre tiene que velar por los derechos y por leyes que realmente representen a los trabajadores.

Pinochet, indignado, golpeó la mesa y gritó: “Esto es un nido de marxistas leninistas comunistas. Esto no es un cogobierno”.

Luego de eso, se retiró de la empresa.

Cuando se fue, estallaron los aplausos de mis compañeros. Antes de eso, el miedo era palpable. Yo era el presidente del sindicato y sabía que podía salir aún más perjudicado. Aun así, me apodaron el “chico petizo valiente”.

Después vinieron los días más duros. La presencia de carabineros rondando la empresa ya no era casualidad. Estaban ahí, mirando, marcando territorio. En mi casa, en la misma Villa Pizarreño detrás de la fábrica, aparecieron rayados acusándome de comunista. Yo sí era del partido, pero sabía perfectamente que ese rayado era peligroso. Incluso colocamos un recurso de protección a través de la Vicaría de la Solidaridad.

Viví ese tiempo con el corazón apretado. Cada vez que salía de la casa, cada vez que volvía, sentía que algo podía pasar.

Al año siguiente, en 1981, me despidieron de Pizarreño por “ofender gravemente al presidente de la República y por apremios físicos y psicológicos contra los trabajadores de la empresa”. Cosa rara encontré yo, sobre todo cuando incluso me llegó una invitación del gobierno para “celebrar” el Primero de Mayo y participar de un “vino de honor” un tiempo atrás.

Conversé con mis compañeros y ninguno quería que me fuera ni que cediera ante las acusaciones. Pero llegó una noticia desde el Partido Comunista: me informaron que estaba

en una lista de terroristas. Terrorista yo. No sé qué terrorismo podría haber cometido, la verdad.

Desde el partido me dijeron que tenía un viaje de “turismo”, financiado con mi finiquito. Obvio que era un cazabobos. No había mucho que pensar. Partí al exilio a Europa. Pasé por España, Italia, el Vaticano, Francia y, por último, la Unión Soviética.

Este viaje de “turismo” termino siendo un seguro de vida, lo que me permitió disfrutar aún más de mis hijos, mis queridos nietos y de mi amada señora esposa.

“Fue un placer, un ganador haber estado ustedes conmigo, me retiro”.

Así se despedía siempre mi padre.

**Juan Carlos Villarroel Pacheco**

*(21 de septiembre de 1951 – 24 de abril de 2025)*

*Esta memoria fue escrita por Manuel Alejandro Villarroel Cerda, hijo de Juan Carlos Villarroel Pacheco, a partir de una de las tantas historias que él contaba. Hoy queda como legado de lucha por los derechos de los trabajadores y como testimonio de uno de los mayores genocidios ambientales ocurridos en la comuna de Maipú.*

# CIMIENTOS DE FE EN TIERRA DE HÉROES

**AUTOR:** Humberto Oyarzún Santibáñez, escritor chileno profundamente atraído por el alma humana y sus luces y sombras. Su escritura nace de la necesidad de comprender lo que se siente y muchas veces se calla. Le apasiona desarrollar historias con intensidad psicológica, donde cada gesto y emoción tengan peso real. Ha creado relatos de superación luminosa y también novelas marcadas por conflictos históricos y morales. Cree en la literatura como una herramienta de transformación y conciencia. Escribe para tocar fibras íntimas, provocar reflexión y sembrar esperanza verdadera, convencido de que cada historia puede ayudar a alguien a vivir con mayor plenitud y sentido.

**E**l asombroso camino desde una capilla de tablas hasta el templo del refugio eterno.

En los años 80, la Villa Jardín Lo Héroes de Maipú era, ante mis ojos, un laberinto de polvo, sueños de clase media y casas que apenas comenzaban a brotar de la tierra agrícola. Entre el estruendo de las constructoras y el silencio de la periferia, fui testigo de cómo un grupo de familias jóvenes —migrantes de sus propias soledades, igual que tantos de nosotros— comprendió que un barrio no llega a ser un verdadero hogar si no tiene un lugar donde encontrarse con lo sagrado.

Esta es, para mí, la crónica de un milagro cotidiano. Es la historia de la Capilla Sagrada Familia, un espacio que nació mucho antes que sus muros de concreto. A través de estas páginas, rescato el valor de una comunidad que se negó a ser invisible. Recuerdo las tablas que crujían con el viento en aquella humilde capilla de madera, y el asombroso momento en que la intercesión de la Virgen Santísima tocó el corazón de dos mujeres devotas, detuvo las máquinas y abrió paso para que el terreno fuera cedido a la fe.

Muchas veces me he preguntado: ¿qué ocurre cuando la oración de un pueblo es más fuerte que los planos de una inmobiliaria?

Este libro es mi viaje por la memoria de Maipú; es el testimonio vivo de cómo la fraternidad, la guía del párroco Juan Cristóbal Lira y la persistencia silenciosa de las madres

del barrio lograron levantar un refugio eterno, un lugar donde hoy, finalmente, la comunidad puede respirar y sentirse en casa.

Porque al mirar hacia atrás entiendo algo esencial: no construimos un edificio; cuidamos una familia que necesitaba un techo para su alma.

### **El Polvo y la Promesa: Relato de una Fundación**

El sol de la tarde caía pesado sobre los campos de Maipú, pero a diferencia de los veranos anteriores, el viento ya no solo traía el olor a tierra arada y alfalfa. Ahora, el aire cargaba con un sonido nuevo: el golpe rítmico de los martillos y el rugido de los camiones cargados de ladrillos.

Esteban bajó de la micro con una maleta de madera y los zapatos cubiertos por una fina capa de polvo blanco. Se detuvo donde terminaba el pavimento y comenzaba la huella de tierra. Frente a él, lo que antes era el Fundo El Abrazo, se transformaba en un laberinto de esqueletos de hormigón.

—Aquí es, Marta —le dijo a su esposa, que sostenía a su hijo pequeño en brazos mientras miraba el horizonte de cerros—. Aquí vamos a plantar el jardín.

### **La conquista del poniente**

En los años 80 y principios de los 90, vivir en Los Héroes se sentía como ser un pionero en el

lejano oeste. No había grandes tiendas, ni semáforos, ni el Metro que hoy vibra bajo la tierra. Solo estaban las casas, recién pintadas y brillantes, alineadas como soldados en una formación que honraba a los antiguos combatientes de la patria.

Las noches eran de un silencio absoluto, interrumpido solo por el ladrido de algún perro o el murmullo del agua que aún corría por las acequias que se negaban a desaparecer. Los vecinos no eran solo personas viviendo en la misma calle; eran sobrevivientes de la mudanza. Se prestaban palas para nivelar los patios, mangueras para asentar el polvo y consejos sobre cómo hacer que el césped creciera en esa tierra que todavía guardaba el tesoro de su pasado agrícola.

### **El florecimiento**

Pasaron los inviernos, y el barro de las calles sin pavimentar se convirtió en el escenario de las pichangas de barrio. Los nombres de las calles —Silva Palma, Tres Poniente— dejaron de ser solo direcciones en un mapa para convertirse en puntos de encuentro.

El concepto de "Villa Jardín" comenzó a cobrar vida. Detrás de cada reja de fierro, empezaron a asomar los rosales, los limoneros y los pinos. La villa dejó de ser un proyecto de una constructora para transformarse en un organismo vivo. Las micros amarillas empezaron a llegar más lejos, y el rumor de la ciudad alcanzó finalmente a este rincón de Maipú.

Esteban, años después, se sentó en su antejardín, ya bajo la sombra de un árbol que él mismo había plantado. Miró la calle pavimentada y a los jóvenes caminando hacia el paradero. Ya no había polvo, pero la promesa seguía ahí: la de un hogar que nació del campo para convertirse en la fortaleza de miles de familias.

### **El templo de las puertas abiertas**

El polvo de la Villa Los Héroes todavía no terminaba de asentarse cuando la soledad empezó a filtrarse por las rendijas de las casas nuevas. Para muchas familias, llegar al barrio había sido un triunfo, pero una vez cerradas las puertas, el silencio de la periferia se sentía pesado. Eran miles de desconocidos comprartiendo el mismo código postal, pero sin un hilo que los uniera.

Entonces, antes de que el primer ladrillo de la capilla fuera puesto, surgió la comunidad.

### **La catedral de los patios**

Todo comenzó en los livings de las casas, donde el olor a té y pan tostado se mezclaba con las oraciones. Esteban y Marta, junto a otros vecinos como la señora Rosa o el joven Pedro, no buscaban un edificio; buscaban un refugio.

—No necesitamos un campanario para que Dios nos oiga —decía Rosa en una de esas reuniones—, pero necesitamos un lugar donde

preguntarnos cómo estamos, sin que nos dé vergüenza la respuesta.

En esos años 90, donde el trabajo era inestable y el Estado parecía una promesa lejana que nunca tomaba la micro hacia el poniente, la fe se convirtió en la excusa perfecta para la organización. Antes del sagrario, hubo listas de vecinos que necesitaban mercadería; antes del altar, hubo oídos dispuestos a escuchar el llanto de una madre que no sabía cómo llegar a fin de mes.

### **La Sagrada Familia: Un nombre, un refugio**

Cuando finalmente el nombre "Sagrada Familia" fue elegido, no fue por una imposición teológica, sino por una necesidad de espejo. En un barrio de familias jóvenes y migrantes del campo a la ciudad, todos se sentían un poco como esa familia de Nazaret: buscando un lugar, protegiendo lo poco que tenían, resistiendo a la intemperie.

La capilla se transformó en la resistencia silenciosa contra el individualismo. Mientras el mundo afuera gritaba que cada uno debía rascarse con sus propias uñas, dentro de la Sagrada Familia se aprendía que nadie se salvaba solo:

La catequesis no era solo doctrina; era el lugar donde los niños, por fin, tenían un espacio de juego y pertenencia fuera de la calle.

Los bautizos eran ritos de bienvenida a una tribu que prometía no dejarte solo.

Las crisis se enfrentaban con redes invisibles. Si alguien enfermaba, o estaba falto de alimentos ahí surgían los grupos de ayuda fraterna.

### **El edificio que sostuvo vidas**

Cuando las paredes de la capilla finalmente se levantaron, no eran imponentes ni lujosas. Eran sencillas, como la gente que las construyó. Pero tenían una propiedad mágica: eran capaces de absorber el dolor de los duelos y multiplicarlo en consuelo.

Fue allí en esa capilla de madera donde se formaron los primeros líderes sociales del barrio. Catequistas que terminaron siendo dirigentes vecinales, jóvenes que aprendieron que la dignidad no se transa y abuelos que recuperaron el derecho a ser escuchados. La capilla fue la escuela de la escucha, un punto de luz en medio de la precariedad donde la pregunta: “¿Cómo estás de verdad?”, era el sacramento más importante.

### **El templo de las mil manos: El salto a la piedra**

Y pronto la pequeña capilla de madera, que con tanto amor habían levantado los primeros colonos, empezó a quedarse chica. Lo que antes era un refugio íntimo, de pronto se vio sobrepasado por una oleada de matrimonios jóvenes que llegaban desde todos los rincones de Santiago. Traían en sus mudanzas poco más

que unos muebles básicos, sus primeros hijos en brazos y una sed voraz de comunidad.

Los domingos, la estructura crujía. El olor a pino de las paredes se mezclaba con el bullicio de los coches de bebé que se agolpaban en la entrada. Muchos debían quedarse afuera, escuchando la palabra entre el ruido del viento y los juegos de los niños en la tierra.

—Ya no cabemos, Padre —decían los vecinos—. Nuestra fe es más grande que este techo.

### **El decreto del pastor**

Un atardecer, mientras observaba cómo el sol se filtraba por las grietas de la estructura de madera, el Padre Juan Cristóbal se quedó en silencio. Miró las marcas de humedad y los rincones donde la comunidad se apretaba para encontrar consuelo. En ese momento, la intuición que le ardía en el pecho se transformó en una orden irrevocable.

—Dios merece una casa donde su pueblo pueda respirar —sentenció con una voz que no admitía dudas.

No lo dijo pensando en el oro o en el lujo. Lo dijo pensando en la dignidad. Visualizó un templo donde los niños pudieran cantar sin frío, donde los matrimonios pudieran renovar sus promesas sin el ruido de la lluvia golpeando el techo de zinc, y donde cada nuevo vecino que llegara a la villa encontrara, no un refugio temporal, sino una fortaleza de piedra y luz.

Ese día, la humilde capilla de madera empezó a despedirse, no con tristeza, sino con el orgullo de saber que había sido la semilla de algo que estaba a punto de romper la tierra.

Y no lo decía como consigna, sino como súplica.

### **La locura del nuevo proyecto**

Fue entonces cuando surgió la idea que muchos tildaron de imposible: construir un nuevo templo. Ya no de madera, sino de materiales que desafiaran al tiempo. Pero en una villa donde todos estaban pagando dividendos y estirando el sueldo para llegar a fin de mes, ¿de dónde saldría el dinero?

Aquí es donde el relato se convierte en una epopeya de liderazgo. Los testimonios de quienes encabezaron el proyecto hoy resuenan como ecos de una batalla ganada a punta de voluntad.

Para el sacerdote, y para la comunidad que lo seguía, ese suelo tenía un destino

Así comenzó la campaña invisible, por el terreno esa que no se imprime en afiches ni se grita en plazas, pero que mueve montañas. El sacerdote golpeó puertas: habló con el alcalde de la época, don Herman Silva (QPD) hombre de trato directo y oído atento; se reunió con autoridades regionales, intendentes, funcionarios que escuchaban con prudencia y prometían estudiar el caso. También buscó el diálogo con el dueño de la constructora, don Emiliano

Sironvalle Cortés, cuyo nombre figuraba en los planos y en las decisiones finales.

Lo sabía con una certeza que no venía de la razón sino del corazón, ahí precisamente en ese lugar debía levantarse la nueva casa del Señor.

El Padre Juan Cristóbal Lira, párroco y pastor de la comunidad de Cristo Resucitado, no era un hombre de oficina; era un hombre de territorio. Llevaba meses recorriendo las calles de la Villa Los Héroes, sintiendo bajo la suela de sus zapatos el latido de un barrio que no se detenía. Pero había un lugar que le quemaba especialmente en el alma: la Capilla Sagrada Familia.

Aquella construcción de madera era un monumento a la humildad, pero también a la fragilidad. En las mañanas de invierno, las tablas crujían bajo el azote del viento de Maipú, y las goteras caían sobre el suelo como lágrimas de una estructura que ya no daba más. El altar era sencillo, casi una mesa de hogar, y los bancos —remiendos de mil procedencias— se hacían pocos.

—Padre, hoy rezamos de pie porque ya no hay dónde poner un pie más —le decían los vecinos entre risas y resignación.

### **Una inundación de esperanza**

Lo que el Padre Juan Cristóbal veía no era solo precariedad; era un fenómeno de fe que desafiaba cualquier lógica.

La villa se había llenado de matrimonios jóvenes, familias que venían con sus hijos en

brazos —uno, dos, hasta cuatro pequeños correteando entre los pasajes—. Esas parejas no solo buscaban un techo donde vivir, buscaban un cielo donde creer.

En esos rostros jóvenes, cansados por el trabajo, pero encendidos por la paternidad, el párroco leyó un mandato divino. No era solo falta de espacio; era un fuego de esperanza que amenazaba con incendiar la madera vieja de la capilla si no se les daba un lugar a la altura de su entrega.

### **Nada fue fácil**

Los documentos decían que el terreno ya estaba asignado. Los permisos municipales estaban en regla. Las casas estaban proyectadas, medidas, presupuestadas. La villa avanzaba con la lógica recta de la normativa, la fe no figuraba en ningún plano regulador.

Sin embargo, antes de que las máquinas marcaran el suelo, la comunidad llegó primero.

Llegaron en silencio al comienzo, luego con cantos. Llegaron con rosarios gastados, con biblias subrayadas, con niños de la mano y ancianos apoyados en bastones. El terreno se convirtió en un lugar de encuentro, en un atrio sin muros. Allí se rezaba el Padre Nuestro mirando el cielo abierto; allí se encendían velas clavadas en la tierra; allí se lloraba y se pedía.

Las peregrinaciones comenzaron a ser diarias.

Al amanecer.

Al atardecer.

Bajo el sol o bajo la llovizna.

La comunidad de la villa Los Héroes estaba completamente comprometida. No era una fe de discurso: era una fe que caminaba. Cada paso era una oración; cada silencio, una entrega. El párroco no lideraba desde adelante: caminaba en medio, rezando con los suyos, sosteniendo dudas ajenas cuando las propias ya pesaban.

Las gestiones avanzaban y se detenían.

Promesas que parecían firmes se diluían.

Reuniones que despertaban esperanza terminaban en puntos suspensivos.

Hubo un momento —todos lo recuerdan— en que todo quedó en punto muerto.

Ni sí, ni no.

Ni avance, ni retroceso.

Pero la fe no se detuvo.

Al contrario: se hizo más intensa.

Los encuentros se multiplicaron.

Las voces se unieron.

El nombre de Dios comenzó a pronunciarse no como petición, sino como abandono confiado.

Mientras tanto, las máquinas llegaron.

Primero fueron los cercos.

Luego las zanjas.

Después, los cimientos.

Cuando la comunidad vio el hormigón abrirse paso en el terreno, el miedo recorrió la villa como un viento helado. Las esperanzas parecían quedar atrapadas bajo la tierra removida. Las paredes comenzaron a levantarse, y cada ladrillo parecía sellar una

tumba invisible donde se enterraba el sueño de todos.

Algunos lloraban. Otros callaban. Nadie se iba.

Las vigiliass se volvieron permanentes.

Se rezaba de día y de noche.

Se rogaba a Dios Padre.

Se imploraba a la Santísima Virgen del Carmen, patrona y madre, como si su manto pudiera cubrir ese suelo amenazado.

Nunca —diría después un anciano del sector— se había visto una comunidad tan sólida en su fe. No había certezas humanas, no había garantías, no había argumentos técnicos. Solo fe. Y, curiosamente, eso parecía bastar.

Fue entonces cuando el párroco, junto a su equipo eclesial de base, propuso un gesto final. No una protesta. No una negociación. En un acto de fe en su expresión más pura.

Una mañana de domingo después de misa, en silencio reverente y en procesión se dirigieron al terreno, enterraron cuatro medallas de la virgen milagrosa acompañados del rezo del rosario, toda la comunidad de rodilla rodeo el terreno, cada esquina del terreno fue bendecida con agua bendita justo al momento de que las medallas eran cubierta por la tierra y el agua. No eran grandes ni ostentosas. Eran simples. Pero al hundirse en la tierra, parecían echar raíces más profundas que cualquier cimiento de concreto.

—Que estas medallas sean los pilares invisibles —dijo el sacerdote—. Que este suelo sepa a quién pertenece.

Aquello fue lo último que podían hacer.

Después de eso, todo quedó en manos de Dios.

Los días siguientes fueron de incertidumbre densa. Las casas seguían creciendo. Las paredes se alzaban como una lápida enorme, blanca y muda, bajo la cual parecía quedar sepultada la esperanza de toda una comunidad.

Pero nadie se fue.

Nadie dejó de rezar.

Nadie renunció a creer.

Y aunque aún no lo sabían, algo ya se estaba moviendo, lentamente, como se mueven los milagros: sin ruido, sin anuncios, desde lo profundo.

### **El milagro de la convicción**

El aire en la oficina de la constructora estaba viciado por el olor a planos viejos y café frío. El Padre Juan Cristóbal entró con el peso de los meses de silencio sobre los hombros, esperando, quizás, la negativa final. Sin embargo, al ver a don Emiliano, notó que algo en el hombre de negocios se había quebrado para dar paso a una luz nueva.

—Padre, he estado muy ocupado descansando —dijo Emiliano con una sonrisa débil, señalándose el pecho—. Recuperándome. Quedé mal después de la operación al corazón.

El sacerdote se quedó de piedra. No sabía de la cirugía, no sabía que el hombre que sostenía el destino del terreno de la Sagrada Familia había estado al borde de la muerte. Pero

Emiliano no quería hablar de medicina, quería hablar de lo que ocurrió en la oscuridad de su dormitorio, cuando el dinero y los planos pierden su valor.

—Me quedé preocupado desde nuestra última reunión —continuó Emiliano, bajando la voz como quien cuenta un secreto sagrado—. Pasaron meses. Me desconectaron de todo el quehacer de la constructora. Pero una noche, el sueño se me escapó. Mi mujer me vio ahí, dando vueltas, y me preguntó qué me pasaba.

El párroco escuchaba en silencio, sintiendo que la habitación se llenaba de una presencia invisible.

—Le comenté del tiempo que ha pasado, de que usted seguía esperando una respuesta sobre esos terrenos. Le dije que, a estas alturas, las casas ya debían estar construidas en su totalidad sobre ese lote. Me sentía acorralado por mi propio negocio.

Emiliano hizo una pausa y sus ojos brillaron.

—Entonces ella me miró con una convicción que nunca le había visto. Me dijo: «Le vendes el terreno sí o sí. Y si hay que derribar casas, se derriban». Yo me quedé mudo, Padre. Pero ella remató con algo que me heló aún más la sangre: «¡Y te voy a dar la razón: es porque la madre del Padre Cristóbal está en el mismo grupo de reflexión que yo! ¡Imagínate con qué cara me voy a presentar frente a mi comunidad si no ayudas?»

Don Emiliano soltó una carcajada limpia, la primera en mucho tiempo.

—Así que, Padre... fue "la jefa" la que me hizo cambiar de postura.

En ese instante, el Padre Juan Cristóbal comprendió que no habían sido solo llamadas telefónicas o gestiones legales. La Virgen Santísima, a través de los hilos invisibles de dos mujeres que rezaban en un grupo de reflexión, había movido los corazones. No importaba que hubiera cimientos puestos; la Madre había decidido que allí se levantaría su casa, y ni el hormigón más duro podría detenerla.

El milagro no fue el terreno; el milagro fue que, en la Villa Los Héroe, la fe había logrado que un hombre de negocios viera con los ojos del alma.

